CONQUISTA ESPACIO



EL PLANETA DE LOS HOMBRES-TORO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

CONQUISTA ESPACIO



EL PLANETA DE LOS HOMBRES-TORO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

Antonio Berna




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

692— Cibernauta, Curtis Garland.

693— ¡Devorados!, Ralph Barby.

694— El enviado de Bongo, Joseph Berna.

695— El investigador, Rocco Sarto.

696— Los hijos de Selene, Ralph Barby.

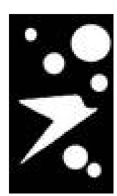
JOSEPH BERNA

EL PLANETA DE LOS HOMBRES-TORO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 697

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

ISBN 84 02 02525-0

Depósito legal: B. 40.279-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en España: enero, 1984

1.a edición en América: julio, 1984

Fabrés, 5, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial**

Bruguera,S. A.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1984

CAPÍTULO PRIMERO

Año 2090.

La nave había partido de la Tierra hada tan sólo unas horas.

Una nave moderna, de diseño circular, veloz como un meteoro.

En sólo cuatro días, alcanzaría Plutón.

Ese era su destino.

El último de los planetas del Sistema Solar.

Y el más pequeño, después de Mercurio, ya que su diámetro ecuatorial era de sólo 5.800 kilómetros[1].

Ytambién el más frío, pues su temperatura en la superficie era de varios cientos de grados bajo cero, por hallarse a una distancia media del Sol de 5.900 millones de kilómetros.

En Plutón sólo había hielo.

Toneladas y toneladas de hielo.

Lo cubría todo.

Todo... menos la prisión espacial.

Se levantaba en medio del hielo, bajo una serie de gigantescas cúpulas de sólido material transparente,unidas herméticamente entre sí, que la protegían del intenso frío.

La prisión espacial de Plutón era la más segura de todas.

Imposible escapar de ella.

Por esa razón, los presos más peligrosos eran enviados al recinto penitenciario de Plutón, de donde no podrían evadirse jamás, por mucho que se calentaran los sesos tratando de hallar la forma de fugarse y recobrar la libertad.

Una libertad que ninguno de ellos se merecía, pues todos los presos que cumplían condena en la prisión espacial de Plutón eran unos asesinos.

Todos habían matado alguna vez.

Y muchos de ellos, a varias personas.

Era el caso de Eric Oswald, UffEkland, IchiroKagawa y LajosKiss, los cuatro hombres que viajaban encerrados en la celda de la nave. Habían cometido varios asesinatos y habían sido condenados a cadena perpetua.

Los cuatro cumplirían su condena en la prisión espacial de Plutón.

De ellos, el peor era Eric Oswald.

Un criminal nato.

Un salvaje sin el menor escrúpulo.

Un verdadero demonio.

Por eso se había erigido en el cabecilla del grupo, sin ninguna oposición por parte del sueco Ekland, del japonés Kagawa, ni del húngaro Kiss, que veían en Oswald al hombre capaz de devolverles la libertad, porque era un tipo decidido e inteligente.

Oswald, antes de partir rumbo a Plutón, les habíaprometido que encontraría la manera de fugarse. Y a ser posible, antes de llegar al más lejano de los planetas del Sistema Solar, porque sería mucho más difícil escapar de la prisión espacial de Plutón que sorprender a los soldados que vigilaban la celda y apoderarse de la nave.

En la nave, aparte de los cuatro presos, viajaban solamente siete personas. El teniente Brad Farham, que era quien pilotaba la nave, el sargento RaoulVrady, copiloto, la doctora RitzaLang, y los soldados Vasili, Jupp, Stefan y Petar.

Los cuatro soldados se turnaban en la vigilancia de los presos.

Cuando la nave partió de la Tierra, eran Vasili y Jupp los que custodiaban a los cuatro condenados, pero habían sido reemplazados ya por Stefan y Petar.

Los presos no lo tenían fácil, ya que, además de estar encerrados en una celda, se hallaban encadenados de manos y pies, lo que dificultaba enormemente sus movimientos.

En la celda había cuatro literas y los condenados se habían tumbado en ellas, para no tener que soportar el peso de los grilletes y las cadenas.

Parecían los cuatro muy tranquilos, como resignados a ingresar en la prisión espacial de Plutón y pasarse allí el resto de la vida, entre rejas y rodeados de hielo.

No era así, claro.

Habían adoptado esa serena actitud para confiar a los guardianes.

Stefan y Petar, sin embargo, no les quitaban ojo, conscientes de la peligrosidad de los tipos. Habían sidodebidamente advertidos por el teniente Farham, lo mismo que Vasili y Jupp.

Y es que Brad Farham intuía que los condenados intentarían algo antes de su ingreso en la temida prisión plutoniana, y no quería que sus hombres se viesen sorprendidos por ellos.

El teniente pilotaba expertamente la veloz nave.

Tenía treinta y dos años de edad, era moreno, no mal parecido, sobrepasaba el metro ochenta de estatura, y poseía un cuerpo fuerte y atlético. Vestía un traje azul brillante, de una sola pieza, muy ajustado, que dibujaba perfectamente los duros músculos de su tórax. Calzaba altas botas plateadas. De su cinto, ancho y dorado, pendía una pistola de rayos láser.

El sargento Vrady, sentado a su lado, contaba treinta y cinco años, era aún más alto y más fornido que el teniente Farham, y tenía las facciones rudas, aunque simpáticas. Vestía un traje marrón, igualmente brillante y ajustado, y llevaba también una pistola de rayos láser al cinto.

Brad lo miró un instante.

—¿Quiere hacerse cargo de los mandos, sargento?

—Encantado, teniente.

RaoulVrady pasó a pilotar la nave y el teniente Farham se levantó de su sillón.

—Vuelvo en seguida, sargento.

—Por mí no tenga prisa, teniente. Disfruto manejando los mandos, ya lo sabe usted.

Brad sonrió.

—Quiero hablar unos minutos con la doctora Lang.

—Es muy guapa, ¿verdad?

—Sí, es una mujer hermosa.

—Y joven.

—Veintisiete años, creo.

—Pues no aparenta más de veinticuatro.

Brad rió.

—Se lo diré, sargento.

—¡Oh, no, teniente! —respingó Vrady—. No le diga a la doctora que hemos estado hablando de ella.

—¿Por qué?

—Podría molestarse.

—No lo creo, sargento. La doctora Lang es una mujer cordial y simpática.

—De todos modos, a mí no me mencione usted, teniente Farham.

—Como quiera, sargento Vrady —respondió Brad, y salió de la cabina de mandos.

Fue directamente al camarote de RitzaLang.

Llamó y, casi al momento, la doctora le abría.

Tenía una frondosa cabellera rubia, los ojos muy azules, y una boca preciosa. Luda un traje blanco, muy ceñido, que realzaba sus espléndidas formas de mujer en la plenitud de su belleza. Calzaba botas doradas. También el cinto era dorado, aunque de él no pendía arma alguna.

—Hola, doctora Lang.

—¿Qué tal, teniente Farham?

—¿Todo bien?

—Perfectamente.

—¿No necesita nada?

—Por el momento, no.

—Si precisa alguna cosa, no dude en decírmelo.

—Gracias, teniente Farham. Es usted muy amable.

—Y usted muy guapa, en opinión del sargento Vrady.

—Vaya, tendré que darle las gracias también al sargento.

—Yo comparto su opinión, doctora Lang.

—¿De veras?

—Sí, creo que es usted la mujer más hermosa que he conocido hasta ahora.

—Me parece que exagera un poco, teniente Farham. —No me lo explico, doctora.

—¿El qué?

—Que continúe usted soltera.

RitzaLang rió.

—¿Tendría que estar casada, teniente...?

—En buena lógica, sí, porque los hombres se la deben de rifar.

—Tanto como rifar…

—Si me dice dónde venden los boletos, corro a comprar unos cuantos, a ver si me toca a mí.

Las palabras de Brad hicieron reír de nuevo a Ritza. —Es usted un tipo simpático, teniente.

—No crea que bromeo, ¿eh?

—Claro que bromea.

—Le demostraré que no.

—¿Cómo?

—Trataré de conquistarla en los cuatro días que tardaremos en llegar a Plutón.

—No es mucho tiempo…

—¿Quiere decir que debo darme prisa?

—Yo no he dicho eso.

—Suponga que la tomo por la cintura.

—Ya me está tomando.

—Y que la estrecho contra mí.

—Ya me está estrechando.

—Y que la beso en los labios.

Ritza no pudo responder esta vez, porque Brad ya la estaba besando.

Apretadamente.

Con pasión.

Un beso como aquél, merecía respuesta.

Yla tuvo.

Al ver que la doctora le devolvía el beso, Brad se dijo que iba a tardar menos de cuatro días en conquistarla. Es más, pensaba que le

iban a sobrar por lo menos tres.

Desgraciadamente, los próximos acontecimientos le iban a impedir dedicarle el tiempo necesario a la hermosa doctora Lang para conseguir de ella todo lo que una mujer le puede ofrecer a un hombre, cuando él le gusta de verdad.

CAPITULO II

Era cierto que el sargento Vrady disfrutaba manejando los mandos de la nave. De cualquier nave, pero, especialmente, de aquélla, pues daba gusto pilotarla.

—Ojalá el teniente Farham se entretenga un buen rato con la doctora Lang —deseó en voz alta, para poder seguir manejando los mandos.

Le hubiera gustado, también, que el viaje durara cuatro semanas, en vez de cuatro días. Pero llevando otra clase de pasajeros a bordo.

Siendo los pasajeros hombres tan peligrosos como Oswald, Ekland, Kiss y Kagawa, no se podía desear otra cosa que llegar cuanto antes a Plutón y meterlos en la prisión espacial.

Sólo entonces se sentirían tranquilos el teniente Farham, el sargento Vrady, la doctora Lang, y los cuatro soldados encargados de vigilar por turnos a los presos.

Y es que trasladar de la Tierra a Plutón a cuatro asesinos como aquéllos, era una misión que entrañaba un riesgo evidente, porque, al menor descuido, podían verse sorprendidos por los condenados.

El teniente Farham, sin embargo, la había aceptado de buen grado.

No era la primera vez que le ordenaban trasladar presos peligrosos al seguro recinto penitenciario plutoniano. Lo había hecho en varias ocasiones, siempre acompañado del sargento Vrady, y aunque más de una vez había tenido serios problemas con los condenados, éstos habían acabado ingresando en la prisión espacial de Plutón, sin excepción alguna.

El teniente Farham tenía una brillante hoja de servicios, ya que no había fallado en ninguna de las misiones que le habían sido

encomendadas.

De ahí que le hubieran designado nuevamente a él para llevar a Plutón a los peligrosísimos Oswald, Ekland, Kagawa y Kiss, porque merecía la confianza de sus superiores. Y el teniente Farham, como en las ocasiones anteriores, había escogido a su vez al sargento Vrady, un hombre valiente, experto y eficaz, en el que confiaba plenamente.

También los soldados Vasili, Jupp, Stefan y Petar habían sido elegidos por él. Y tampoco ellos eran novatos en aquella clase de viajes. Habían realizado algunos y habían probado su eficacia.

La que sí era novata en un viaje de traslado de presos peligrosos a Plutón, era la doctora Lang. En realidad, había sido incluida en la misión por enfermedad del médico que habitualmente acompañaba al teniente Farham y al sargento Vrady en aquel tipo de viajes.

Era necesario un médico a bordo, porque en cuatro días de viaje, podía sentirse indispuesto alguno de los hombres que formaban parte de la misión, o resultar herido si los presos creaban algún problema serio, loque de hecho había sucedido en alguna que otra ocasión.

Se habían dado casos, también, de intento de suicidio por parte de algunos de los condenados que, sabiendo que prácticamente no tenían ninguna posibilidad de fugarse de la prisión espacial de Plutón, habían preferido quitarse la vida.

Había habido, incluso, peleas entre ellos, resultando con heridas y contusiones más o menos graves.

Por todo ello era imprescindible la presencia de un médico a bordo.

Y en esta ocasión, el médico era una mujer.

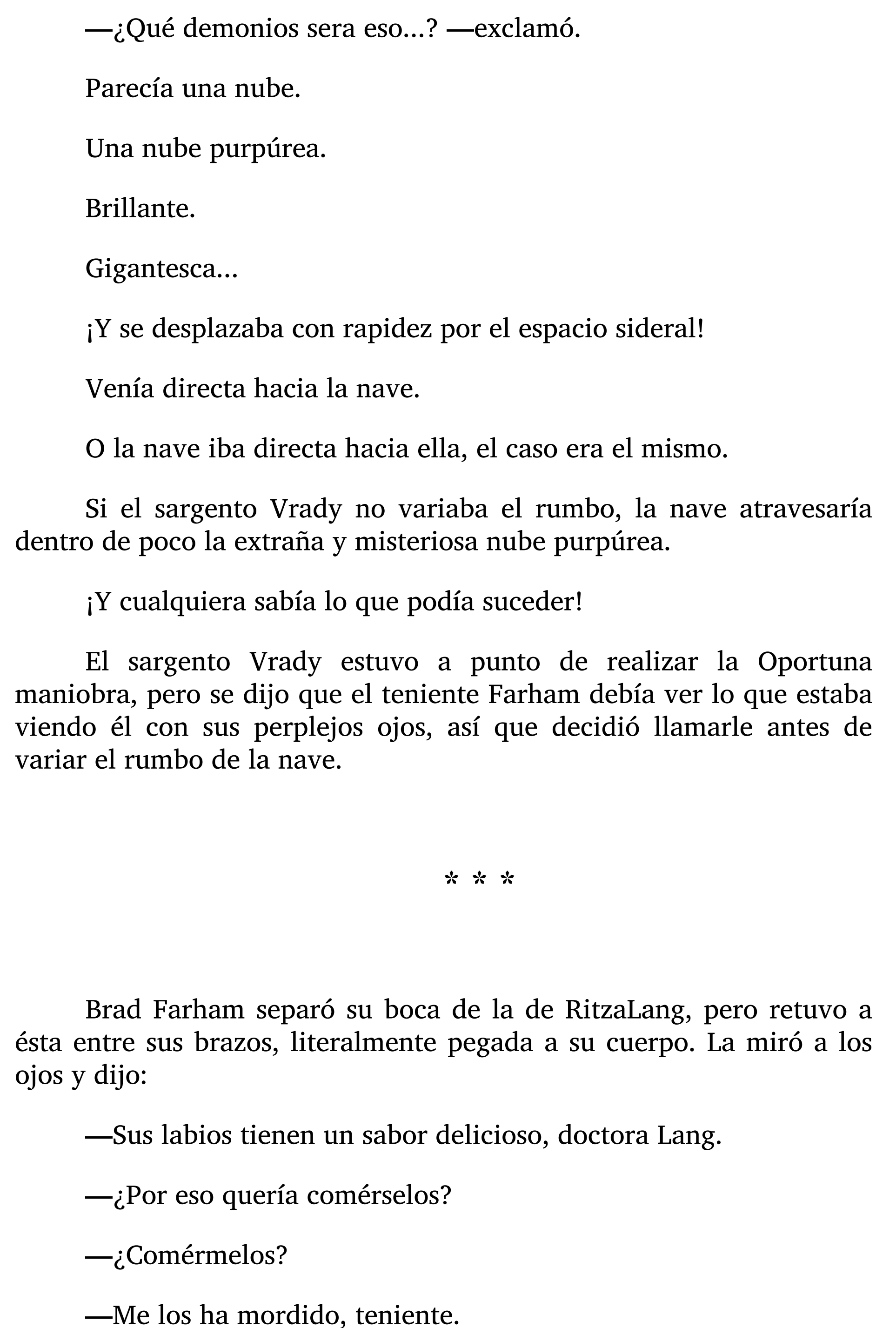
Y vaya mujer…

—¿Mira que si el teniente Farham se enamorara de ella…? —dijo el sargento Vrady, y se echó a reír.

Su risa, sin embargo, se cortó en seco.

La culpa la tenía la cámara telescópica de la nave, que acababa de captar algo muy extraño.

El sargento Vrady miraba la pantalla con ojos agrandados.



—¿Qué demonios sera eso...? —exclamó.

Parecía una nube.

Una nube purpúrea.

Brillante.

Gigantesca...

¡Y se desplazaba con rapidez por el espacio sideral!

Venía directa hacia la nave.

O la nave iba directa hacia ella, el caso era el mismo.

Si el sargento Vrady no variaba el rumbo, la nave atravesaría dentro de poco la extraña y misteriosa nube purpúrea.

¡Y cualquiera sabía lo que podía suceder!

El sargento Vrady estuvo a punto de realizar la Oportuna maniobra, pero se dijo que el teniente Farham debía ver lo que estaba viendo él con sus perplejos ojos, así que decidió llamarle antes de variar el rumbo de la nave.

* * *

Brad Farham separó su boca de la de RitzaLang, pero retuvo a ésta entre sus brazos, literalmente pegada a su cuerpo. La miró a los ojos y dijo:

—Sus labios tienen un sabor delicioso, doctora Lang.

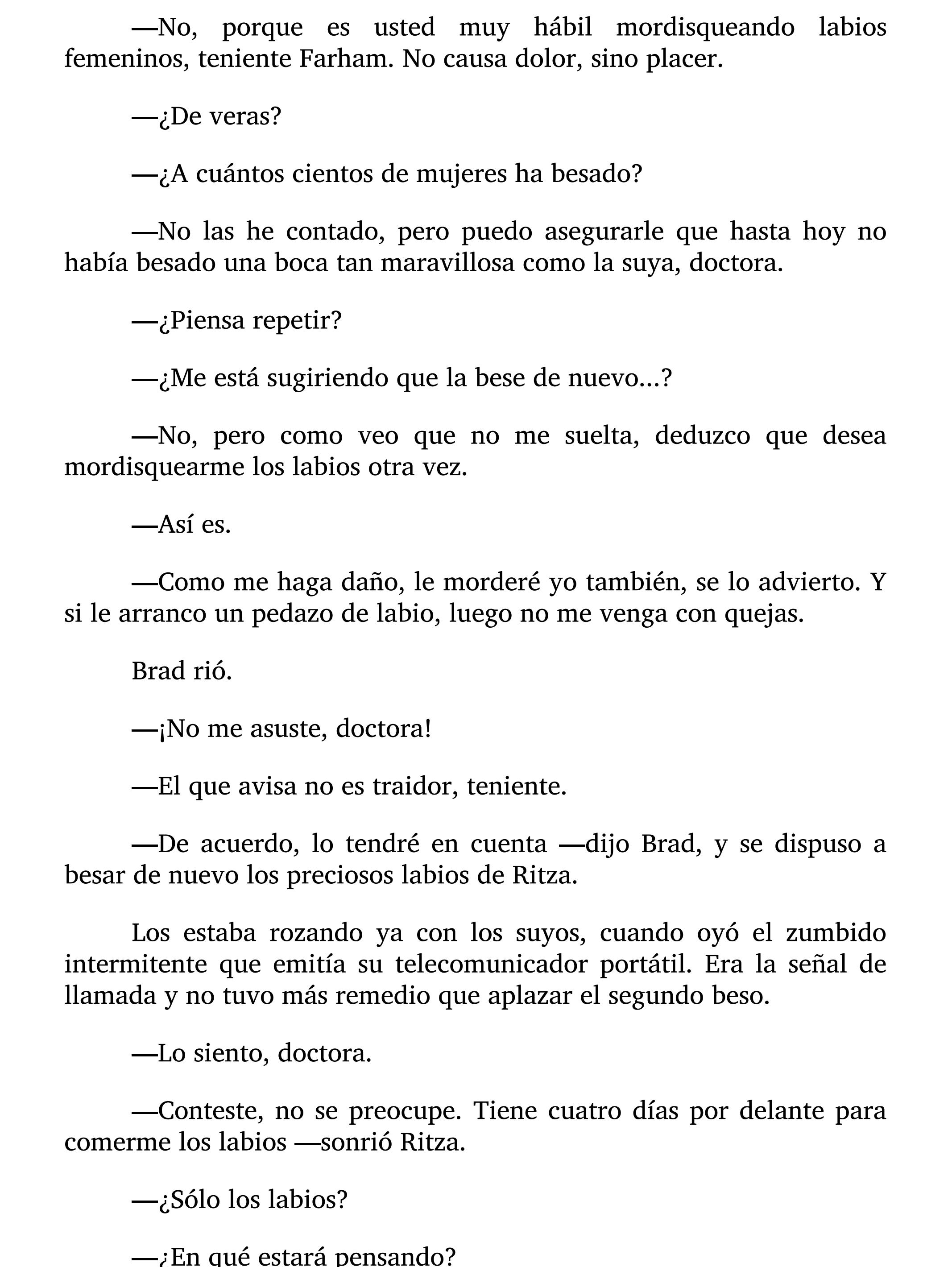
—¿Por eso quería comérselos?

—¿Comérmelos?

—Me los ha mordido, teniente.

Brad sonrió.

—No me he dado cuenta, doctora. ¿Le he hecho daño?



—No, porque es usted muy hábil mordisqueando labios femeninos, teniente Farham. No causa dolor, sino placer.

—¿De veras?

—¿A cuántos cientos de mujeres ha besado?

—No las he contado, pero puedo asegurarle que hasta hoy no había besado una boca tan maravillosa como la suya, doctora.

—¿Piensa repetir?

—¿Me está sugiriendo que la bese de nuevo…?

—No, pero como veo que no me suelta, deduzco que desea mordisquearme los labios otra vez.

—Así es.

—Como me haga daño, le morderé yo también, se lo advierto. Y si le arranco un pedazo de labio, luego no me venga con quejas.

Brad rió.

—¡No me asuste, doctora!

—El que avisa no es traidor, teniente.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta —dijo Brad, y se dispuso a besar de nuevo los preciosos labios de Ritza.

Los estaba rozando ya con los suyos, cuando oyó el zumbido intermitente que emitía su telecomunicador portátil. Era la señal de llamada y no tuvo más remedio que aplazar el segundo beso.

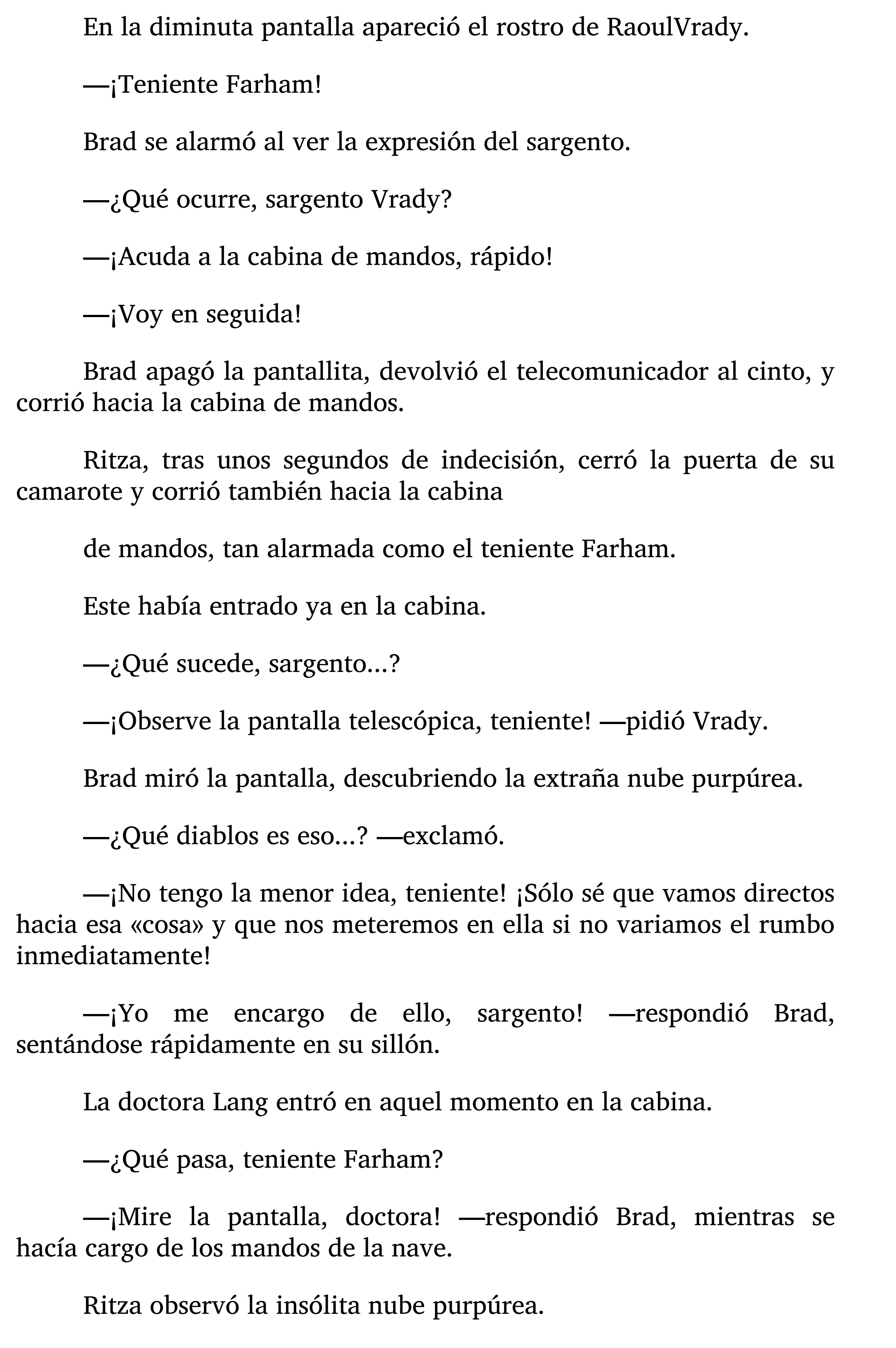
—Lo siento, doctora.

—Conteste, no se preocupe. Tiene cuatro días por delante para comerme los labios —sonrió Ritza.

—¿Sólo los labios?

—¿En qué estará pensando?

Brad rió y, como ya había soltado a la doctora Lang y tomado el pequeño telecomunicador portátil que llevaba al cinto, atendió la llamada.



En la diminuta pantalla apareció el rostro de RaoulVrady.

—¡Teniente Farham!

Brad se alarmó al ver la expresión del sargento.

—¿Qué ocurre, sargento Vrady?

—¡Acuda a la cabina de mandos, rápido!

—¡Voy en seguida!

Brad apagó la pantallita, devolvió el telecomunicador al cinto, y corrió hacia la cabina de mandos.

Ritza, tras unos segundos de indecisión, cerró la puerta de su camarote y corrió también hacia la cabina

de mandos, tan alarmada como el teniente Farham.

Este había entrado ya en la cabina.

—¿Qué sucede, sargento...?

—¡Observe la pantalla telescópica, teniente! —pidió Vrady.

Brad miró la pantalla, descubriendo la extraña nube purpúrea.

—¿Qué diablos es eso...? —exclamó.

—¡No tengo la menor idea, teniente! ¡Sólo sé que vamos directos hacia esa «cosa» y que nos meteremos en ella si no variamos el rumbo inmediatamente!

—¡Yo me encargo de ello, sargento! —respondió Brad, sentándose rápidamente en su sillón.

La doctora Lang entró en aquel momento en la cabina.

—¿Qué pasa, teniente Farham?

—¡Mire la pantalla, doctora! —respondió Brad, mientras se hacía cargo de los mandos de la nave.

Ritza observó la insólita nube purpúrea.

—¡Cielos! —exclamó, impresionada.

Brad estaba variando ya el rumbo de la nave.

A los pocos segundos, ocurría algo sorprendente.

¡La gigantesca nube brillante estaba cambiando también su dirección!

El sargento Vrady se estremeció en su sillón.

—¡Esa extraña «cosa» ha variado también su rumbo, teniente! ¡Quiere atrapamos!

—¡Dios mío! —gimió Ritza, asustada.

—¡Trataré de esquivarla, sargento! —dijo Brad.

Lo intentó.

Desesperadamente.

Pero no fue posible.

La colosal nube purpúrea parecía estar teledirigida.

O verse atraída por la nave terrestre.

En cualquier caso, Brad no pudo evitar que la enorme nube brillante se les echara encima y envolviera totalmente la nave.

Más que envolverla, pareció tragársela.

Ritza no fue capaz de dominar su terror y se puso a chillar histéricamente, creyendo que iban a morir todos.

CAPITULO III

El terror de la doctora Lang estaba más que justificado, ya que la gigantesca nube purpúrea atravesó sorprendentemente el fuselaje de la

nave y penetró en ella, envolviendo también a sus tripulantes.

Por si fuera poco, la misteriosa nube brillante, hasta entonces silenciosa —los micrófonos exteriores de la nave no habían captado sonido alguno—, empezó a rugir como si se tratara de una colosal bestia prehistórica.

Eran rugidos largos.

Poderosos.

Ensordecedores.

Tan potentes eran, que el teniente Farham se vio obligado a soltar los mandos de la nave y protegerse los oídos con las manos, para evitar que sus tímpanos quedasen destrozados.

Lo mismo hizo el sargento Vrady.

La doctora Lang, además de apretarse los oídos con las manos, como Brad y Raoul, se dejó caer al suelo y encogió el cuerpo, llegando a rozarse la barbilla con las rodillas.

Como la nave entera había sido invadida por laextraña nube purpúrea, Eric Oswald, UlfEkland, Ichi ro Kagawa y LajosKiss se hallaban también envuelto por aquella especie de gas brillante que no dejaba ve: nada.

Y como la nube, o lo que fuera, no dejaba de rugir como una gigantesca bestia enfurecida, los cuatro condenados se protegían también los oídos con sus manos.

Estaban aterrados.

No sabían lo que estaba pasando.

¿De dónde había salido aquel extraño gas purpúreo?

¿Cómo había podido penetrar en la nave?

¿Cómo podía rugir como un animal?

Era lo que se preguntaban también Stefan y Petar la pareja de soldados que vigilaban la celda.

Bueno, la verdad es que ya no podían vigilarla, porque tampoco ellos veían nada. Se hallaban, como los presos, envueltos por el

misterioso gas purpúreo. Es más, no habían tenido más remedio que soltar sus respectivos fusiles de rayos láser, para protegerse los oídos con las manos.

Stefan se había dejado caer de rodillas, y casi al momento fue imitado por Petar, que tampoco podía resistir aquello en pie. Los presos, como estaban tumbados en las literas, no habían tenido necesidad de dejarse caer al suelo.

A Vasili y Jupp, los otros dos soldados, les había sorprendido la invasión del misterioso gas purpúreo en el camarote que ambos compartían, descansando en las literas hasta la hora de reemplazar a Stefan y Petar.

Naturalmente, ellos también lo estaban pasando mal.

No tenían ni idea de lo que estaba sucediendo, pero no podía ser nada bueno, así que estaban los dos muyasustados, pensando, como la doctora Lang, que iban a morir todos.

Era un pensamiento general.

Y lógico, a tenor de lo que estaba ocurriendo. Hasta el propio teniente Farham pensaba que aquella maldita nube purpúrea iba a acabar con todos allí mismo, en pleno espacio sideral, sin que supieran por qué morían ni qué o quién les mataba.

¿Un simple gas de procedencia desconocida?

¿Una bestia espacial, a la que no podían ver porque la nube la envolvía?

¿Seres de algún planeta desconocido, cuya nave permanecía camuflada entre la brillante nube?

Estas preguntas sólo tendrían respuesta si lograban salir con vida de aquello, lo cual parecía bastante improbable, porque la nave seguía envuelta e invadida por el misterioso gas purpúreo y rugiente.

Y lo curioso era que los reactores de la nave seguían funcionando.

Es decir que, en teoría al menos, la nave continuaba surcando el espacio cósmico a gran velocidad.

¿Atravesando la gigantesca nube brillante... o ésta se desplazaría

en la misma dirección y a la misma ve locidad que la nave terrestre?

Era otra de las preguntas que, por el momento, no tenían respuesta.

Y quizá no la tuvieran jamás, porque perecerían todos si no salían pronto de aquella peligrosa situación.

Los oídos les dolían cada vez más.

De poco servía que se los protegieran con las manos, apretadamente, porque los rugidos que soltaba la extraña nube purpúrea eran terribles.

Quedarían todos sordos, si aquella situación SÍ prolongaba.

Con los tímpanos destrozados.

De pronto, cuando ya nadie albergaba esperanzas de salir con vida de aquello, la nave encontró el límite de la gigantesca nube brillante y salió de ella.

Al dejar atrás la misteriosa nube purpúrea, cesaron en el acto los poderosos rugidos de bestia prehistoria y terminó la invasión de la nave por parte del brillante y desconocido gas, por lo que todo volvió a la normalidad.

¡Estaban salvados!

¡Habían conseguido salir de la extraña nube!

¡El peligro había pasado!

Eso, al menos, pensaban el teniente Farham, el sargento Vrady, la doctora Lang, y los demás.

Estaban equivocados.

Seguían en peligro.

Es más, el verdadero peligro, empezaba ahora.

* * *

Brad Farham volvió a hacerse cargo de los mandos de la nave.

—¿Se encuentra bien, sargento? —preguntó.

RaoulVrady asintió con la cabeza.

—Creo que sí, teniente.

—¿Y usted, doctora...?

RitzaLang, que ya se había puesto en pie, respondió:

—Estoy medio sorda, teniente.

—Yo también.

—Y yo —dijo el sargento Vrady, frotándose los oídos.

—Pasará pronto. Lo importante es que conseguimos atravesar esa maldita «cosa» —dijo Brad.

—¿No cree que deberíamos informar a la Tierra de lo sucedido, teniente? —sugirió Vrady.

—Desde luego. Pero antes, eche un vistazo a los presos, sargento. Y a los muchachos. Quiero saber si todos están bien.

—A la orden.

El sargento Vrady se levantó y salió de la cabina de mandos.

Ritza ocupó momentáneamente el sillón del copiloto.

Estaba pálida y le temblaban perceptiblemente los labios.

Brad, que ya había recuperado el rumbo de la nave, el que debía llevarles a Plutón en sólo cuatro días, la miró y preguntó:

—¿Sigue asustada, doctora?

—Sí.

—Ya pasó el peligro.

—Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en lo ocurrido.

—La verdad es que yo tampoco.

—¿Qué sería esa «cosa», teniente?

—Ojalá lo supiera, doctora.

—Penetró en la nave cuando nos envolvió… ¿Cómo pudo atravesar su hermética estructura?

—También para mí es un misterio, se lo aseguro.

—¿Y los terribles rugidos…?

—Otro misterio.

—Pasé mucho miedo, teniente Farham. Y es que creí que había llegado mi hora.

—Y yo la mía, lo confieso. Afortunadamente, seguimos los dos vivos y aún tengo posibilidades de conquistarla, doctora Lang.

Ritza sonrió ligeramente.

—¿Cómo puede pensar en eso ahora?

—Me gusta usted mucho, ya lo sabe.

—A mí me gusta su forma de besar.

—¿Sólo eso?

—Y de morder.

—¿Qué más le gusta de mí?

Ritza iba a responder, pero se frenó al ver aparecer al sargento Vrady. Se levantó, para que él pudiera ocupar de nuevo su sillón, pero Vrady rogó:

—Siga sentada, doctora Lang.

—Es su asiento, sargento Vrady.

—No se preocupe. Prefiero estar de pie.

—Como quiera —sonrió Ritza, y volvió a sentarse.

—¿Cómo está todo, sargento? —preguntó Brad.

—Sin novedad, teniente Farham. Los muchachos están bien y los

presos no intentaron nada cuando salimos de esa maldita «cosa». Estaban demasiado asustados, como para pensar en fugas. También los muchachos estaban asustados, pero los he tranquilizado, asegurándoles que el peligro ha pasado.

—Bien, informemos a la Tierra de lo que ha ocurrido. Tal vez ellos tengan alguna explicación para lo sucedido.

—Lo dudo mucho, teniente —repuso Vrady.

—Yo también —dijo Ritza.

Brad efectuó la llamada, pero no obtuvo respuesta.

—La Tierra no responde… —murmuró, extrañado. El sargento Vrady y la doctora Lang cambiaron una nerviosa mirada.

—Insista, teniente —pidió Raoul. Brad repitió la llamada varias veces, pero no consiguió establecer comunicación con la Tierra.

—Estamos incomunicados, sargento. Y sospecho que es por culpa de esa extraña «cosa» purpúrea y rugiente —rezongó, con gesto grave.

silencio.

CAPITULO IV

El sargento Vrady y la doctora Lang volvieron a mirarse, en silencio.

—¿Los mandos funcionan bien, teniente? —preguntó Raoul.

—Perfectamente, sargento —respondió Brad Farham—. Recuperé el rumbo sin el menor problema. Vamos directos hacia Plutón, como antes de que apareciera esa extraña «cosa».

Ritza iba a hacer una pregunta, cuando en la pantalla

telescópica apareció algo.

—¡Mire, teniente! —exclamó, señalando la pantalla.

—¡Es un planeta! —dijo el sargento Vrady, sorprendido, porque no debían tropezarse con ninguno—. ¿No acaba de decir que ha recuperado el rumbo, teniente?

—Así es —asintió Brad, observando atentamente el planeta que captaba la cámara telescópica de la nave.

—¿Y cómo es posible que...?

—No lo entiendo, sargento. Llevamos el rumbo correcto, usted mismo lo puede comprobar. Y llevando el rumbo correcto, no deberíamos tropezamos con ninguno de los planetas del Sistema Solar. Además, porlas pocas horas que llevamos de vuelo, ese planeta tenía que ser Marte. Y no se le parece en nada.

Vrady se fijó bien en el planeta.

—Tiene razón, teniente Farham. No es Marte. Ni Venus. Ni Mercurio. Ni Júpiter... —murmuró, desconcertado.

—No es ninguno de los planetas de nuestro Sistema Solar, sargento Vrady. Ese mundo pertenece a otro sistema planetario.

—¿Y qué diablos hace en nuestro Sistema Solar?

—O nuestra nave en su sistema planetario.

—¿Qué...?

—Creo que hemos sido arrancados del Sistema So lar, sargento. De nuestra dimensión, para ser exactos.

Ynos hallamos en otra.

RitzaLang abrió la boca.

—¿Que nos hallamos en otra dimensión, dice...?

—Eso me temo, doctora. Y ésa es la razón de que no podamos comunicar con la Tierra. No pueden recibir nuestras llamadas, porque nuestro planeta se halla en una dimensión distinta.

El sargento Vrady meneó lentamente la cabeza, al tiempo que

murmuraba:

—No es posible…

—Es la única explicación lógica, sargento. Esa especie de gigantesca nube brillante, que rugió como una bestia nos tragó en contra de nuestra voluntad, nos arrancó de nuestra dimensión y nos trasladó a ésta. Y en esta nueva dimensión, existe por lo visto un sistema planetario, al que pertenece el mundo hacia el cual nos dirigimos en estos momentos. Esperemos, por nuestro bien, que se trate de un planeta habitado por seres parecidos a nosotros y que nos reciban amistosamente.

El sargento Vrady y la doctora Lang observaron silenciosamente el planeta que había surgido en el espacio cósmico. Ahora podía verse mucho mejor, al haberse reducido considerablemente la distancia que les separaba de él.

La cámara telescópica ofrecía una imagen nítida del planeta.

Y muy pronto podrían contemplarlo directamente, a través del mirador de la cabina de mandos.

En efecto, el planeta apareció en el espacio sideral y fue agrandándose a medida que la nave terrestre se aproximaba a él, a gran velocidad.

El teniente Farham, el sargento Vrady y la doctora Lang dejaron de observar la pantalla telescópica y clavaron sus ojos en el mirador de la cabina.

El planeta, que tenía unas dimensiones relativamente pequeñas, era de color ocre, aunque tenía algunas manchas verdosas. Si predominaba el ocre, era porque abundaban las regiones montañosas, mientras que las manchas verdosas correspondían a las zonas del planeta en las que reinaba la vegetación.

Brad Farham activó los retrocohetes, con el fin de reducir la velocidad de la nave y poder sobrevolar el planeta, cuando lo alcanzasen.

Mientras se acercaban a aquel mundo desconocido, cada vez a menor velocidad, gracias a los cohetes de frenado, Brad se dijo que el problema más gordo no estribaba en que el planeta estuviese habitado por seres humanos pacíficos u hostiles, sino en si encontrarían la manera de regresar a su dimensión o se quedarían para siempre

atrapados en aquélla.

Otro problema terrible, era el llevar en la nave a cuatro asesinos tan peligrosos como Eric Oswald, UlfEkland, Ichiro Kagawa y LajosKiss.

Custodiarlos cuatro días, era una cosa, pero si tardaban en volver a su dimensión...

Brad Farham quiso ser optimista y confiar en que los habitantes de aquel desconocido planeta, si es que los tenía, los recibiesen bien y les ayudasen a encontrar la forma de regresar a su dimensión.

Desgraciadamente para ellos, no iba a ser así.

* * *

En la celda de la nave, el nerviosismo se había apoderado de los cuatro presos que debían ingresar en la prisión espacial de Plutón, para cumplir su condena de cadena perpetua.

Ninguno de ellos estaba ya tumbado en su litera. Se habían erguido y se movían por la celda, inquietos, arrastrando las cadenas que sujetaban sus pies y soportando el peso de las que sujetaban sus manos.

Los cuatro vestían mono plateado, ligero, pero resistente.

Era la indumentaria común de los presos y cada uno de ellos llevaba un número distinto en el pecho, a la altura del corazón, y también en la espalda.

Stefan y Petar los vigilaban, fusil en mano, esforzándose por aparentar una serenidad que estaban muy lejos de sentir, porque estaban tan nerviosos como los propios condenados, después de lo sucedido.

Eric Oswald se acercó a la reja y se agarró a los barrotes.

Los dos guardianes retrocedieron un paso, al tiempo que le apuntaban con sus fusiles de rayos láser.

Atrás, Oswald! —ordenó Stefan.

No quiero! —ladró el asesino, con fiero gesto Obedece, maldita sea! —gritó Petar.

Cuando sepa lo que está pasando!

No pasa nada, Oswald!

—¿Qué era ese maldito gas brillante que se filtró a través de las paredes de la celda y la inundó, impidiéndonos ver nada...? ¿Y quién o qué rugía de aquella manera tan ensordecedora, que casi nos destroza los; tímpanos a todos...?

Stefan y Petar intercambiaron una mirada.

No sabían qué responder, porque ellos también se lo preguntaban.

—¡Vamos a morir todos! —rugió Oswald—. ¿Es queno os dais cuenta, estúpidos?

—¡El sargento Vrady dijo que había pasado el peligro! —recordó Petar.

—¡Mintió!

—¿Por qué iba a hacerlo? —repuso Stefan.

¡Para quitamos el miedo a todos, imbécil! ¡El sargento Vrady también estaba asustado, se le notaba en la cara!

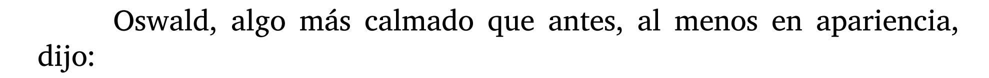
—¡Es verdad! —se dejó oír UlfEkland, acercándose también a los barrotes—. ¡El sargento Vrady estaba aterrorizado! ¡Dijo que ya había pasado el peligro, pero no supo, o no quiso explicarnos lo que había sucedido!

El japonés Kagawa y el húngaro Kiss se apresuraron a apoyar las palabras de Oswald y del sueco Ekland, aproximándose igualmente a los barrotes.

Stefan y Petar retrocedieron otro paso.

—¡Apartaos de la reja! —ordenó el primero.

—¡Volved a las literas, vamos! —añadió el segundo. Los condenados no obedecieron.



Oswald, algo más calmado que antes, al menos en apariencia, dijo:

—Os propongo un trato, muchachos.

—¿Un trato? —repitió Stefan.

—Os conviene, os lo aseguro. A todos nos conviene. —¡Nosotros no tratamos con asesinos! —dijo Petar. Oswald estuvo a punto de ejecutarlo con la mirada, pero se contuvo, porque no le interesaba. Con la misma voz serena de antes, admitió:

—Somos unos asesinos, es cierto. Por eso nos condenaron a cadena perpetua. Y nosotros aceptamos resignadamente la sentencia, porque era justa. Pero una cosa es ingresar en la prisión espacial de Plutón, y otra muy distinta morir en esta nave. A eso no nos resignamos. Y vosotros tampoco debéis resignaros, porque sois jóvenes y tenéis toda la vida por delante. Además, vosotros no habéis cometido delito alguno, así que aún tenéis más derecho que nosotros a seguir viviendo.

—¡Deja de hablar, Oswald! —ordenó Stefan, mucho más nervioso que antes—. ¡No lograrás convencernos!

—Podemos salvarnos los seis, muchachos —insistió Eric—. Sólo tenéis que abrir la celda y soltarnos los grilletes.

—¡Ni lo sueñes! —dijo Petar, tan nervioso como su compañero.

—No seáis tontos. Cuanto más tardéis en decidiros,

peor para todos, porque puede ser incluso tarde para nuestra salvación. Lo que ha pasado es terrible. Y puede volver a suceder, si no hacemos algo por evitarlo. Y si ocurre de nuevo, lo más probable es que ninguno de nosotros viva para contarlo.

Stefan y Petar se estremecieron visiblemente.

Estaban muy asustados.

No querían escuchar las palabras de Eric Oswald. pues ambos temían que acabara convenciéndoles y les hiciera faltar a su deber, pero...

El asesino se dio cuenta de que la voluntad y el sentido de la responsabilidad de los guardianes flaqueaban, gracias a sus astutas

palabras, y se apresuró a remachar en caliente, para acabar de convencerlos.

Tenían la oportunidad de fugarse.

Y no quería desperdiciarla.

CAPITULO V

La nave terrestre estaba sobrevolando ya la superficie del desconocido planeta, a baja altura y escasa velocidad, para poder observar con detalle sus diferentes regiones.

Se trataba, según los datos facilitados por la pequeña computadora, de un mundo cálido, con la suficiente cantidad de oxígeno libre en su atmósfera como para permitir la vida de seres humanos.

El diámetro ecuatorial del planeta, era de apenas 4.200 kilómetros.

Un mundo aún más pequeño que Mercurio, el menor de los planetas del Sistema Solar, pero no con tantos grados sobre cero, afortunadamente, porque entonces la vida hubiera sido imposible en él, como lo era en Mercurio, cuya superficie se hallaba calcinada por la proximidad del Sol.

La temperatura, en aquel planeta, oscilaba entre los veinte y los cuarenta grados sobre cero, según zonas, así que no había por qué preocuparse en ese sentido.

De pronto, al sobrevolar una de las regiones cubiertas de espesa

vegetación, apareció un hermoso lago. Pero no fue eso, sin embargo, lo que llamó la atención del teniente Farham, el sargento Vrady y la doctora Lang, sino las dos mujeres que permanecían atadas a sendos postes en la orilla.

Eran jóvenes, bonitas, y tenían una apariencia total mente terrestre.

Vestían unas delgadas túnicas, cortas y brillantes, y calzaban una especie de cómodos mocasines. Una era morena; la otra, pelirroja.

Las dos muchachas se veían aterrorizadas.

—¡Miren eso! —exclamó Ritza.

—¡Son dos mujeres, teniente! —dijo Raoul.

—Y tienen unas piernas preciosas, sargento —observó Brad.

—¡No piense en eso ahora, teniente Farham! —dijo Ritza—. ¡Es evidente que esas dos mujeres están en peligro y hay que salvarlas!

—Las salvaremos, doctora Lang, no se preocupe —respondió Brad, y buscó un lugar apropiado para posar la nave.

Cerca del lago, a unos cien metros escasos, había un claro en la espesura ideal para tomar tierra, así que Brad Farham no lo dudó y llevó la nave hacia allí.

La hizo descender hasta posarla en el claro, apagando seguidamente los reactores. Se levantó de su sillón e indicó:

—Cojamos un par de fusiles, sargento.

—¡Voy a por ellos, teniente!

—¿Quiere usted acompañarnos, doctora Lang?

—¡Naturalmente!

—Traiga una pistola para la doctora, sargento Vrady.

—¡Bien!

—Vasili y Jupp vendrán también con nosotros.

—De acuerdo.

El sargento Vrady salió rápidamente de la cabina de mandos.

Brad y Ritza salieron también.

Junto a la puerta de la nave, esperaron al sargento Vrady, que no tardó en regresar con el par de fusiles de rayos láser, la pistola para la doctora Lang, igualmente de rayos láser, y los soldados Vasili y Jupp, que también iban armados con fusiles.

Brad tomó uno de los fusiles que traía el sargento, Ritza cogió la pistola, y salieron los cinco de la nave, cuya puerta cerraron antes de dirigirse hacia el lago para rescatar a las dos mujeres.

Brad y Raoul iban delante, seguidos de Ritza, y Vasili y Jupp cerraban la marcha. Caminaban todos con las armas prestas, por si surgía algún peligroso animal de entre la maleza y les atacaba, pero tuvieron suerte y alcanzaron la orilla del lago sin que apareciera bestia alguna.

Las dos mujeres que permanecían atadas a los postes, al verles aparecer, se pusieron a gritar. Pero estaba claro que no era la presencia de los terrestres lo que les ¡asustaba, sino su situación, ya que se hallaban totalmente indefensas, esperando que apareciera alguna fiera sanguinaria y las devorara a las dos.

Eso pensaban el teniente Farham y los suyos, que aquellas dos muchachas habían sido atadas a aquellos dos postes para que sirvieran de pasto a las bestias que moraban en la selva que rodeaba el hermoso lago.

Las mujeres pronunciaron algunas palabras en su lengua, totalmente desconocida para los terrestres. No obstante, por la expresión de sus caras y por el tono su voz, el teniente Farham adivinó que las muchacha les pedían que las soltaran cuanto antes, porque el peligro era inminente.

Las mujeres miraban continuamente las serenas aguas del lago, con evidente temor, lo que hizo sospechar a Brad que el peligro, más que en la selva que cercaba el lago, se hallaba en éste, por lo que decidí no perder de vista sus tranquilas aguas.

Suelte a las chicas, sargento Vrady —indicó.

¡En seguida! —respondió Raoul, y se colocó de trás de los postes, para soltarles las ligaduras que sujetaban fuertemente sus manos y sus pies.

Una tercera cuerda rodeaba sus cinturas y las obligaba a mantener sus cuerpos pegados a los postes. Le impedía, también, girar, así que tenían que permanecer forzosamente de cara al lago.

El sargento Vrady había empezado ya a desatar a las mujeres, cuando, de repente, algo emergió de entre las quietas aguas del lago.

Algo terrible.

Escalofriante.

Monstruoso.

Ylas muchachas, claro, se pusieron a chillar como locas.

* * *

No era para menos, porque del lago había surgido una gigantesca serpiente de tres cabezas, cada una de ellas del tamaño de una tortuga de mar.

Tenía la piel verdosa y cubierta de brillantes escamas.

Sus tres bífidas lenguas, eran largas como látigos.

Sus colmillos, realmente terroríficos.

Sus ojos, espantosos.

El colosal reptil de tres cabezas había emergido en el centro del lago, pero, dado su tamaño, podía alcanzar la orilla en sólo unos segundos y zamparse a todos cuantos se encontraban en ella.

Para eso habían sido atadas las dos mujeres a los postes, para que fueran devoradas por la monstruosa serpiente que vivía en el hermoso lago.

Y ellas sabían que el gigantesco reptil vivía allí.

De ahí su terror, aun antes de que la serpiente emergiera.

Y de ahí los ensordecedores gritos que lanzaban ahora, con el reptil visible ya y soltando unos rugidos estremecedores por sus tres

bocazas.

La doctora Lang gritó también, tan aterrorizada como las dos muchachas. Y eso que ella no estaba atada a un poste y empuñaba una pistola de rayos láser.

Al sargento Vrady se le habían puesto de punta los pelos de sus pobladas cejas.

—Dios santo… —murmuró, sin apenas voz.

Los soldados Vasili y Jupp no pudieran decir ni eso.

Se habían quedado mudos.

Y paralizados.

El primero en reaccionar, a pesar de la terrible impresión, fue el teniente Farham.

—¡Rápido, sargento! ¡Hay que soltar a las chicas antes de que esa monstruosa serpiente de tres cabezas alcance la orilla y se nos meriende a todos!

Vrady reanudó inmediatamente su tarea, muy nervioso, lo que hizo que le costara más de lo debido desatar a las mujeres.

Todavía no lo había conseguido, cuando la horrorosa serpiente se lanzó hacia la orilla, dispuesta a despacharse una generosa ración de seres humanos.

CAPITULO VI

El teniente Farham no dudó en dar la orden:

—¡Disparad!

Y la dio predicando con el ejemplo, ya que su fusil de rayos láser fue el primero en funcionar.

Vasili y Jupp hicieron uso también de sus fusiles.

La doctora Lang, por el momento, no accionó su pistola, pero pensaba hacerlo si la monstruosa serpiente se acercaba demasiado a la orilla.

El sargento Vrady, consciente de que su colaboración era necesaria en la lucha contra el colosal reptil, acabó de desatar a las mujeres, empuñó de nuevo su fusil, y disparó también contra la terrorífica serpiente de tres cabezas.

Las dos muchachas liberadas echaron a correr por entre la maleza y desaparecieron en unos segundos. Querían alejarse todo lo posible del lago.

De la gigantesca serpiente que vivía en el lago, más concretamente.

El animalote había recibido ya varios disparos, y como los rayos láser no producían cosquillas, precisamente, sus rugidos eran ahora mucho más espantosos que antes.

Brad Farham le había destrozado una de sus cabezotas.

Y no había sido fácil, porque el reptil movía constantemente sus tres cabezas, y era necesario ser un buen tirador para acertar en ese tipo de blanco.

Brad lo era.

Un excelente tirador.

Por eso consiguió destrozarle otra de sus cabezas a la serpiente, cada vez más próxima a la orilla.

El reptil pareció volverse loco de dolor.

No obstante, siguió avanzando hacia la orilla.

Estaba dispuesto a comerse a alguien con la única boca útil que

le quedaba, aunque ello le costase la vida. Y le costaría, seguramente, porque además de dos de sus cabezas, tenía destrozado también parte del cuerpo.

Vasili y Jupp se habían encargado de ello.

Y el sargento Vrady, que ahora parecía empeñado en destrozarle a la serpiente la única cabeza que le quedaba.

Como el animalote estaba ya muy cerca de la orilla, Brad ordenó:

—¡Atrás, doctora Lang! ¡Protéjase en la espesura!

Ritza lo hubiera hecho de haber retrocedido todos, pero como los cuatro hombres parecían decididos a acabar con la enorme serpiente, sin importarles el riesgo, se contagió de su valor y continuó en la orilla, pero ahora disparando contra el reptil con su pistola.

Quería ayudarles a exterminarla.

El sargento Vrady consiguió por fin acertar y le pulverizó la cabeza sana a la serpiente.

—¡Le di! ¡Le di! —gritó, alborozado.

El reptil, ciego totalmente, porque sus tres pares de ojos habían quedado destrozados por los rayos láser, rugió con desesperación, al tiempo que sacudía sus abrasadas cabezas.

No avanzó un palmo más.

Ya no podía ver a los seres que se había querido zampar, ni tenía bocas en condiciones de masticar, así que se le habían ido por completo las ganas de comer.

Es normal que los moribundos pierdan el apetito.

Y eso era el reptil, un moribundo.

Le quedaba muy poca vida.

Intentó retroceder y desaparecer bajo las aguas del lago, para que los rayos láser no siguiesen destrozando su cuerpo, pero no le dio tiempo.

Se murió antes.



Al ver que la monstruosa serpiente se desplomaba sin vida, el teniente Farham y los suyos dejaron de disparar.

—Se acabó, muchachos —dijo Brad.

—¡Hemos podido con ella, teniente! —exclamó el sargento Vrady, eufórico.

Vasili y Jupp también se veían muy contentos.

—¡La hemos pulverizado! —dijo el primero.

—¡Se lo merecía, por fea! —añadió Jupp.

Rieron todos.

Brad miró a Ritza.

—¿Por qué no se protegió en la espesura, doctora?

—Tenía una pistola, ¿no?

—Sí, pero...

—Lo lógico era usarla, no echar a correr.

—Siendo usted una mujer, nadie se lo hubiera reprochado.

—Hablando de mujeres... ¿Dónde están las dos que liberamos? —Ritza las buscó con la mirada.

—Huyeron en cuanto las solté —respondió el sargento Vrady—. Y sospecho que deben de estar ya muy lejos.

—No querían que la gigantesca serpiente de tres cabezas se las comiera —dijo Brad—. Y creo que las ataron a estos postes para eso, para que la serpiente las devorara cuando emergiera del lago y las descubriera,

—¡Qué canallas! —exclamó Ritza, estremeciéndose.

—¿Quién lo haría, teniente? —preguntó Vrady.

—Alguien con muy malas ideas, sargento.

—Si las chicas no hubieran huido…

—Tal vez no estén muy lejos.

—Me temo que sí, teniente.

—Busquémoslas. Si, las encontramos, hallaremos la forma de entendernos con ellas y sabremos quién y por qué se las ofreció a la serpiente del lago como aperitivo.

—Sí, vamos en su busca —estuvo de acuerdo Ritza—. Esta selva parece peligrosa, y dos mujeres solas y sin armas, son presa fácil para cualquier fiera.

—En marcha, sargento —indicó Brad, y fue el primero en adentrarse en la maleza.

Vrady, la doctora Lang, Vasili y Jupp le siguieron, con las armas a punto. Avanzaron los cinco por donde habían venido, por lo que no tardaron en alcanzar el claro en donde se hallaba posada la nave.

Se llevaron una buena sorpresa, porque la puerta de la nave estaba abierta.

—¿Qué significa eso, teniente? —preguntó Vrady, preocupado.

—No lo sé, sargento. Pero no me gusta nada —respondió Brad.

—A mí tampoco.

—Subamos a la nave. Con precaución.

Fueron hacia ella, con todos los sentidos alerta.

Brad fue el primero en subir a la nave.

No vio ni oyó nada.

Se adentró en la nave, seguido del sargento Vrady, Ritza, Vasili y Jupp. Cuando llegaron a la celda, encontraron a Stefan y Petar tirados en el suelo, delante de ella.

La celda estaba abierta.

Yvacía.

Sólo quedaban en ella los grilletes y las cadenas que sujetaran las manos y pies de los cuatro presos que debían ingresar en la Prisión Espacial de Plutón.

Estaba claro, pues, que los cuatro condenados se habían fugado.

Pero Stefan y Petar no podrían explicar cómo habían logrado evadirse los cuatro asesinos, porque ambos estaban muertos. Destrozados por varios disparos de rayos láser, efectuados con sus propios fusiles, que habían desaparecido.

* * *

La doctora Lang no pudo reprimir un grito de horror al contemplar los cuerpos sin vida de los infortunados Stefan y Petar.

—¡Están muertos!

El teniente Farham, con las facciones endurecidas, rezongó:

—Se dejaron sorprender por esos asesinos y lo pagaron con la vida.

—¡Malditos criminales! —rugió el sargento Vrady, apretando con rabia su fusil.

—Los atraparemos, sargento. No pueden andar muy lejos.

—¡No será fácil darles caza, teniente! ¡Se llevaron los fusiles de Stefan y Petar! ¡Y puede que algunas armas más!

—Si no podemos atraparlos vivos, acabaremos con ellos —masculló Brad—. Los asesinos de Stefan y Petar no pueden quedar impunes. Y no son los únicos que han cometido esos desalmados.

—¡Tiene razón, teniente Farham! ¡Salgamos inmediatamente tras ellos!

Brad miró a Ritza, que se había quedado sin color en las mejillas.

—Creo que debe quedarse usted en la nave, doctora Lang.

—No.

—No estará sola. Vasili o Jupp, uno de los dos, se quedará con usted y la protegerá.

Ritza movió la cabeza.

—No, teniente Farham. Los fugitivos son cuatro y no puede ni debe prescindir usted de ninguno de sus hombres. Le harán falta todos para atrapar, vivos o muertos, a esos criminales, así que yo iré con ustedes.

—Puede ser peligroso, doctora.

—No importa. Prefiero eso a quedarme en la nave, dominada por el nerviosismo y la incertidumbre.

Brad sonrió levemente.

—Está bien, doctora Lang. Vendrá usted con nosotros.

CAPITULO VII

Eric Oswald avanzaba por la selva con rapidez, empuñando un fusil de rayos láser. El de Stefan, concretamente. Con él había dado muerte a éste y a Petar, fríamente.

Tras Oswald, iba UlfEkland, portando el fusil de Petar.

Ichiro Kagawa y LajosKiss cerraban la marcha, armados también con fusiles de rayos láser. Los habían cogido antes de huir de la nave, aprovechando la ausencia del teniente Farham, el sargento Vrady, la doctora Lang, y los soldados Vasili y Jupp.

Como se habían alejado ya varios cientos de metros de la nave, Eric Oswald se detuvo un instante, siendo imitado por sus compañeros.

—Sigo sin entenderlo, muchachos —rezongó.

—¿El qué? —preguntó el sueco Ekland.

—¿Dónde nos encontramos? ¿Qué planeta es éste? ¿Estaremos

de nuevo en la Tierra...?

—Esto no puede ser la Tierra, Oswald —dijo el japonés Kagawa.

—¿Qué es, entonces...?

—Un mundo desconocido para nosotros —respondió el húngaro Kiss.

Oswald lo miró.

—Si piensas un poco con la cabeza, verás que eso es teóricamente imposible. Hace sólo unas horas que partimos de la Tierra. Y en unas pocas horas, por muy veloz que sea una nave, lo más lejos que se puede llegar es a Marte. Y esto, evidentemente, no es Marte. Ni Marte, ni ningún otro planeta del Sistema Solar. En ninguno de ellos se puede respirar sin escafandra, porque no hay oxígeno suficiente. Ni existe esta temperatura, tan parecida a la de la Tierra. Por eso sospecho que hemos vuelto a ella y hemos caído, tal vez a causa de alguna avería, en una región selvática, lejos de la civilización.

Kagawa movió la cabeza.

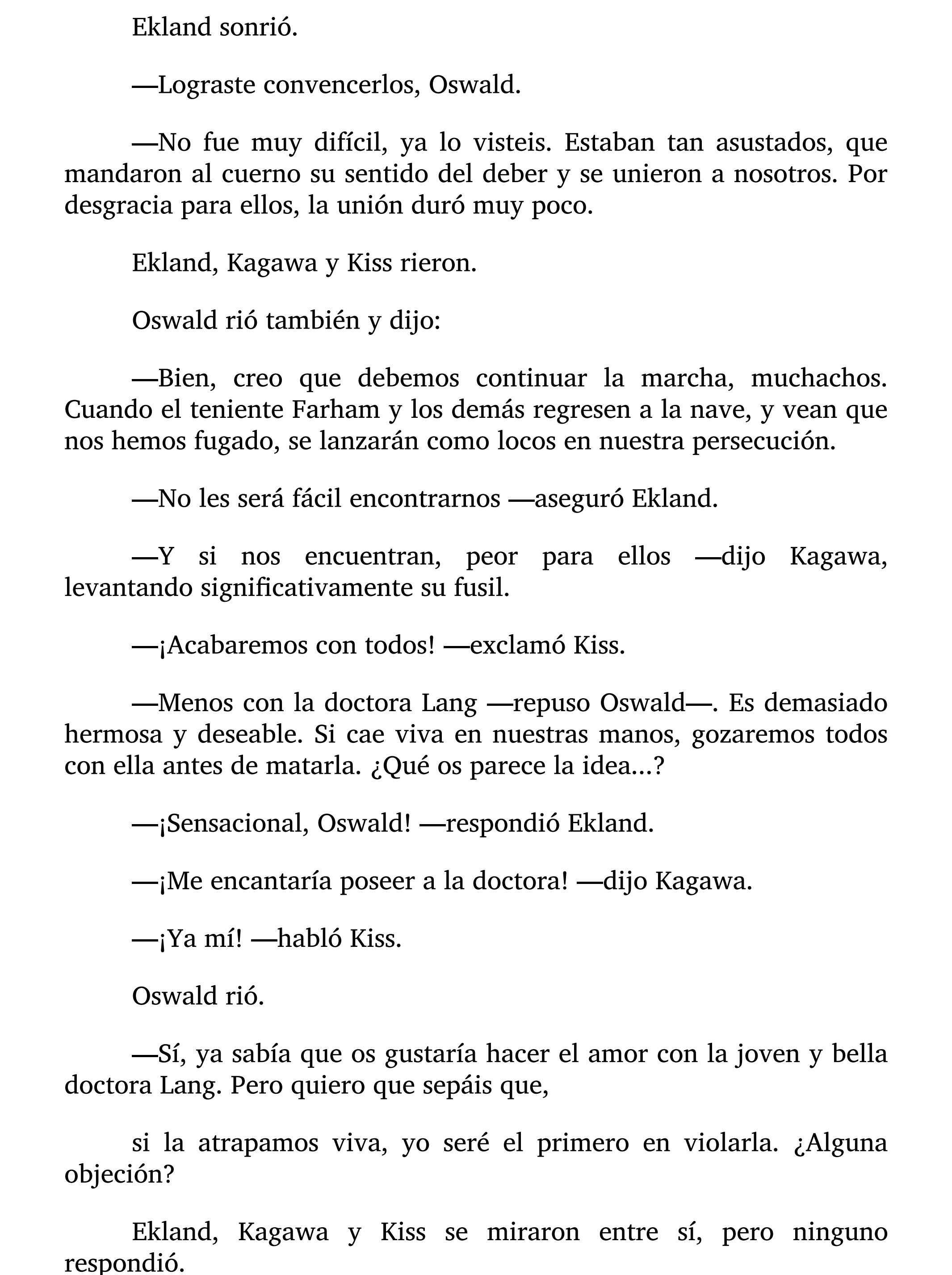
—Sigo pensando que esto no es la Tierra, Oswald. Tienes razón al señalar que en sólo una horas, por muy rápida que sea una nave, sólo se puede llegar a Marte. Si íbamos a tardar cuatro días en llegar a Plutón... Es por tanto, imposible, que hayamos podido salir del Sistema Solar. Y si en el Sistema Solar no hay ningún planeta parecido a éste, si exceptuamos la Tierra, sólo caben dos explicaciones. O bien éste es un planeta errante, que en estos momentos está atravesando nuestro Sistema Solar, o bien la nave que nos transportaba a Plutón ha sido arrancada de su tiempo y de su lugar por ese misterioso gas brillante y rugiente que penetró en la nave y lo envolvió todo durante algunos minutos.

—¿Tú crees, Kagawa...? —murmuró Ekland, impresionado.

—Es sólo una teoría, pero...

—Me gusta más la otra teoría, la del planeta errante. —rezongó el húngaro Kiss.

—Lo mismo da, muchachos —habló Oswald—. Lo importante es que estamos libres y tenemos armas, gracias a esos estúpidos de Stefan y Petar.



Ekland sonrió.

—Lograste convencerlos, Oswald.

—No fue muy difícil, ya lo visteis. Estaban tan asustados, que mandaron al cuerno su sentido del deber y se unieron a nosotros. Por desgracia para ellos, la unión duró muy poco.

Ekland, Kagawa y Kiss rieron.

Oswald rió también y dijo:

—Bien, creo que debemos continuar la marcha, muchachos. Cuando el teniente Farham y los demás regresen a la nave, y vean que nos hemos fugado, se lanzarán como locos en nuestra persecución.

—No les será fácil encontrarnos —aseguró Ekland.

—Y si nos encuentran, peor para ellos —dijo Kagawa, levantando significativamente su fusil.

—¡Acabaremos con todos! —exclamó Kiss.

—Menos con la doctora Lang —repuso Oswald—. Es demasiado hermosa y deseable. Si cae viva en nuestras manos, gozaremos todos con ella antes de matarla. ¿Qué os parece la idea...?

—¡Sensacional, Oswald! —respondió Ekland.

—¡Me encantaría poseer a la doctora! —dijo Kagawa.

—¡Ya mí! —habló Kiss.

Oswald rió.

—Sí, ya sabía que os gustaría hacer el amor con la joven y bella doctora Lang. Pero quiero que sepáis que,

si la atrapamos viva, yo seré el primero en violarla. ¿Alguna objeción?

Ekland, Kagawa y Kiss se miraron entre sí, pero ninguno respondió.

—Mejor que estéis de acuerdo —sonrió Oswald, con ironía, y reanudó la marcha.

Sus compañeros le siguieron, en silencio.

De pronto, al pasar por debajo de un gran árbol, una pesada red cayó sobre ellos, envolviéndolos a los cuatro.

La sorpresa mayor, sin embargo, no fue la inesperada caída de la red, sino el aspecto de los seres que aparecieron a continuación.

¡Eran hombres-toro!

* * *

Sí.

Resultaba difícil de creer, pero aquellos seres tenían cabeza de toro y cuerpo de hombre. Un cuerpo robusto y musculoso, ya que todos eran grandotes y fuertes.

Se cubrían con escuetos taparrabos y utilizaban armas primitivas.

Lanzas...

Hachas...

Mazas...

Cuchillos...

Su mejor arma, sin embargo, eran los largos y afilados cuernos de toro. Con ellos podían ensartar y destrozar a sus enemigos.

Había por lo menos una docena y habían surgido de la maleza o caído del árbol utilizado para soltar la red que ahora envolvía a los cuatro fugitivos terrestres, impidiéndoles hacer uso de sus fusiles de rayos láser.

Los hombres-toro golpearon a los terrestres, antes de que éstos encontraran la manera de librarse de la pesada red y pudieran defenderse.

Oswald recibió un mazazo en la cabeza y perdió el sentido en el acto.

Ekland perdió también el conocimiento al recibir un duro golpe

de lanza en la frente.

Kagawa, sin que ni él mismo supiera cómo, logró accionar el disparador de su fusil y el rayo láser, después de atravesar la sólida red, alcanzó en el pecho a un hombre-toro.

El tipo bramó y se derrumbó, con su musculosa caja torácica destrozada, quedando inmóvil en el suelo. La muerte había sido poco menos que instantánea.

Kagawa no pudo accionar de nuevo su fusil, ya que recibió un tremendo golpe en la nuca, asestado con una maza, y quedó inconsciente.

También el húngaro Kiss perdió la noción de la realidad cuando una lanza percutió con terrible dureza en la parte posterior de su cráneo, causándole una brecha que sangró al instante.

Los hombres-toro retiraron la red, ataron de pies y manos a los terrestres, con delgadas pero resistentes tiras de cuero, y después cargaron con ellos. También cargaron con los fusiles de rayos láser.

Del hombre-toro muerto por el japonés Kagawa, nadie se ocupó.

Quedó tirado en el suelo, con el pecho horriblemente destrozado, mientras sus compañeros se alejaban en dirección a su poblado, llevando consigo a los cuatro terrestres que habían hecho prisioneros.

* * *

El teniente Farham, el sargento Vrady, la doctora Lang, y los soldados Vasili y Jupp, llevaban ya bastantes minutos de búsqueda, pero todavía no habían dado con el rastro de los cuatro fugitivos.

Tampoco habían vuelto a ver a las dos mujeres que liberaran en el lago, salvándolas de ser devoradas por la monstruosa serpiente de tres cabezas.

En aquellos momentos se estaban aproximando al lugar en donde Eric Oswald y sus compañeros habían sido capturados por los hombres-toro.

Como Brad Farham abría la marcha, fue quien primero descubrió el cuerpo sin vida del hombre-toro alcanzado por el disparo que lograra efectuar Ichiro Kagawa.

—¡Alto! —ordenó, quedándose parado.

El sargento Vrady, la doctora Lang, Vasili y Jupp se detuvieron y observaron también al increíble habitante de aquel planeta desconocido, por pertenecer a otra dimensión.

—¡No es posible! —exclamó Raoul, con ojos dilatados.

—¡Un hombre con cabeza de toro! —dijo Ritza, tan asombrada como el sargento Vrady.

—¡Es monstruoso! —se estremeció Vasili.

—¡Un ser verdaderamente increíble! —añadió Jupp.

Brad, tras unos segundos de silencio, dijo:

—Es un hombre-toro, efectivamente. Y está muerto porque recibió un rayo láser en el pecho, lo cual demuestra que Oswald, Ekland, Kagawa y Kiss pasaron por aquí. Ellos lo mataron. Y creo que fueron hechos prisioneros por los compañeros del muerto, porque hay manchas de sangre en el suelo. Debieron verse sorprendidos por los hombres-toro y reducidos por ellos. Sólo pudieron matar a uno. Seguramente eran bastantes y no les dieron tiempo a defenderse.

—¿Qué hacemos, teniente Farham? —preguntó Vrady.

—Seguir el rastro de los hombres-toro y rescatar a Oswald, Ekland, Kagawa y Kiss. No se lo merecen, pero es nuestra obligación.

—Nosotros también podemos caer en manos de esos horribles seres, teniente... —advirtió Ritza, que no podía apartar los ojos del hombre-toro liquidado por Kagawa.

—Avanzaremos con cautela, doctora, para evitarnos sorpresas desagradables —respondió Brad, y se puso en movimiento.

CAPITULO VIII

El poblado de los hombres-toro que habían capturado a Oswald, Ekland, Kagawa y Kiss, se levantaba junto a un ancho río, a casi dos horas de camino del lugar en donde los fugitivos terrestres se vieran sorprendidos por aquellos increíbles seres.

Las cabañas habían sido construidas en la misma orilla del río, con gruesos troncos. Eran grandes y había un buen número de ellas, porque, entre varones y hembras, los miembros de aquella tribu pasaban del centenar.

Los prisioneros terrestres, que habían vuelto en sí por el camino, observaron con sorpresa que las mujeres de los hombres-toro eran absolutamente normales.

No tenían cuernos, ni siquiera pequeños.

Ni cabeza de toro.

Ni siquiera de vaca, que hubiera sido lo más lógico, tratándose de las hembras de los hombres-toro. Los niños, en cambio, sí tenían cabeza de toro.

Las niñas, que también las había en el poblado, eran tan normales como las mujeres. Por lo visto, lo de los cuernos, iba sólo con los varones.

Las mujeres, aunque no todas, vestían delgadas túnicas, cortas y brillantes, como las dos muchachas que el teniente Farham y los suyos liberaban en el lago.

Las que no vestían así, llevaban un breve pantaloncito de piel y algo muy parecido a un sujetador, igualmente de piel, que cubría sus pechos, aunque sólo en parte, porque esta prenda también era bastante reducida.

En general, las mujeres de los hombres-toro eran atractivas y

estaban bien formadas, lo que contrastaba fuertemente con la horrible fealdad de los varones.

En los momentos de intimidad, las mujeres lo debían de pasar muy mal.

Especialmente, si los hombres-toro eran aficionados al beso.

Hay que tener mucho estómago para darle un beso en la boca aun toro.

Es preferible dárselo en un cuerno.

La llegada de los hombres-toro, con los cuatro fugitivos terrestres, causó un gran revuelo en el poblado. Todos, varones y hembras, se agruparon en torno a los cautivos, para observarlos de cerca.

Lo primero que les llamó la atención, fue que, siendo como eran hombres, no tuvieran cabeza de toro, ni cuernos. Luego, les extrañó también su forma de vestir. Y las armas que les habían sido arrebatadas, porque era la primera vez que veían un fusil de rayos láser.

Los hombres-toro que habían apresado a los fugitivos terrestres cambiaron algunas palabras con sus compañeros. Bueno, en realidad, fueron mugidos lo que cambiaron.

Así hablaban los hombres-toro, mugiendo.

Era lógico.

Oswald, Ekland, Kagawa y Kiss fueron depositados en el suelo.

Ycon muy pocos miramientos.

La verdad es que los hombres-toro que cargaban con ellos los dejaron caer, y los terrestres se propinaron sendos batacazos.

—¡Malditos hijos de perra! —rugió Oswald.

—¡Hijos de vaca, querrás decir! —corrigió Ekland.

—¡De lo que sea!

—¡Yo no veo ninguna mujer-vaca por aquí, muchachos! —dijo Kiss.

—¡Las que hay lo tienen todo de mujer! —habló Kagawa—. ¡Y hay que ver cómo lo tienen!

—¡No pienses en eso ahora, condenación! —ladró Oswald—. ¡Estos seres nos han atrapado, maniatado fuertemente, y arrebatado los fusiles! ¡Nuestra situación es muy difícil!

El japonés se calló, lo mismo que Ekland y Kiss.

Comprendían que Oswald tenía razón

Estaban en poder de los hombres-toro, totalmente indefensos, y podían hacerles de todo. Desde divertirse con ellos, hasta torturarlos cruelmente y luego matarlos.

No podían, por tanto, tomárselo a broma.

Se hallaban los cuatro en grave peligro.

De manera especial, Ichiro Kagawa.

El japonés había matado a uno de aquellos hombres con cabeza de toro, antes de ser reducido, y seguramente no se lo perdonarían.

Eso, al menos, pensaba Kagawa.

Y empezó a preocuparse, claro.

Los varones y las hembras del poblado habían formado corro en torno a los cuatro prisioneros terrestres. Los hombres seguían intercambiando mugidos y las mujeres, aunque hablaban de otra manera, parecían imitar los mugidos de los varones.

De pronto, dos hombres-toro se acercaron a Kagawa, uno de ellos empuñando su cuchillo.

El japonés se asustó.

—¡Me van a matar! —gritó, estremeciéndose en el suelo.

Oswald, Ekland y Kiss no dijeron nada.

Ellos también pensaban que el hombre-toro que esgrimía el cuchillo iba a acabar con Kagawa. Pero se equivocaron, porque lo que hizo el hombre-toro, fue cortar las ligaduras que sujetaban los pies del terrestre con su cuchillo.

El otro hombre-toro empuñó también su cuchillo y rasgó el mono de presidiario del japonés, hasta dejar a éste en slip. Después, le quitaron las botas entre los dos y lo dejaron descalzo.

Entonces, lo agarraron uno de cada brazo y lo levantaron, separándolo de Oswald, Ekland y Kiss.

Kagawa seguía aterrorizado.

—¡Me van a torturar! —chilló—. ¡Me han dejado desnudo porque me van a dar tormento!

Sus compañeros continuaron callados.

No sabían lo que iba a pasar, pero intuían que no iba a ser bueno para el japonés, quien, con las manos atadas a la espalda, poco o nada podía hacer para defenderse.

Los hombres-toro soltaron al terrestre y empuñaron sendas lanzas.

Kagawa adivinó que iban a pincharle el cuerpo con ellas.

En efecto, eso hicieron.

Uno le pinchaba por delante y el otro por detrás.

Los pinchazos, aunque leves, causaban dolor y hacían brotar la sangre, que empezó a resbalar por el cuerpo del japonés, mientras éste gritaba y se encogía, acusando las punzadas de las lanzas.

—¡Sucios bastardos! —rugió Kagawa—. ¡Soltadme las manos y veréis lo que es bueno, cornudos!

Los dos hombres-toro siguieron martirizándole con sus lanzas.

Les divertía lo que hacían.

Y también les divertía a los que lo presenciaban.

Incluso a las mujeres.

Kagawa cayó al suelo, totalmente ensangrentado.

Tenía heridas en el pecho, en la espalda, en los brazos, en los muslos, en el trasero, en las pantorrillas…

Los dos hombres-toro le ordenaron, con gestos expresivos, que se levantara.

—¡Idos al infierno! —rugió el terrestre, estremecido de dolor.

Los hombres-toro le clavaron sus lanzas en las plantas de los pies, para ver si así se levantaba.

Kagawa aulló, pero siguió tirado en el suelo.

De pronto, se aproximó un hombre-toro con una antorcha en la mano.

El japonés lo vio y tembló de forma perceptible.

—¡No, eso no...! —chilló, adivinando que el tipo le iba a quemar con la antorcha.

Se arrastró en el suelo, alejándose de la llama, pero

el hombre-toro estiró su largo y musculoso brazo, y le aplicó la antorcha en el pie derecho.

Kagawa bramó de forma ensordecedora, al tiempo que encogía la pierna al máximo. Entonces, el hombre- toro le aplicó la llama en el otro pie y le arrancó otro bramido terrible.

Los dos seres que le habían martirizado con sus lanzas volvieron a ordenarle que se levantara. El japonés, para evitarse nuevas quemaduras, obedeció. Tuvo que esforzarse para conseguirlo, al no poder ayudarse con las manos. El que sí le ayudó, fue el hombre-toro que empuñaba la antorcha, ya que se la aplicó de nuevo, esta vez en el trasero, quemándole el slip.

Ylas nalgas, claro.

Kagawa dio un tremendo aullido, acabó de erguirse con prontitud, y saltó hacia adelante, para librarse de la dolorosa mordedura del fuego.

La gente del poblado estaba disfrutando de verdad con el espectáculo, a juzgar por sus expresiones y por sus mugidos, que estaba claro eran de contento.

En cambio, Oswald, Ekland y Kiss lo estaban pasando muy mal.

Casi tanto como el propio Kagawa.

Y es que temían correr su misma suerte.

El japonés, terriblemente furioso por todo lo que los hombres-toro le estaban haciendo, se volvió hacia el tipo que le había quemado los pies y el trasero.

—¡Toma, cornudo, a ver si te gusta esto! —rugió, y disparó la pierna derecha, colocando el empeine de su pie en el escueto taparrabos del tipo.

Le machacó lo que había debajo, porque el golpe fue tan duro como preciso.

El hombre-toro bramó y se cayó en redondo, loco de dolor.

Naturalmente, soltó la antorcha.

Se le habían ido las ganas de jugar con fuego.

Kagawa quiso propinarle otro patadón en los genitales a uno de los hombres-toro que le habían martirizado con sus lanzas, pero el otro tipo, que se hallaba tras él, agachó su cabezota y le embistió por la espalda, ensartándole mortalmente con sus largos y afilados cuernos.

El japonés lanzó un grito desgarrador, antes de desplomarse para siempre.

La doble cornada había acabado con su vida.

CAPITULO IX

Las dos mujeres liberadas por el teniente Farham y los suyos, no se hallaban tan lejos como los terrestres pensaban. En realidad, sólo se habían alejado del lago lo suficiente como para sentirse a salvo de la monstruosa serpiente de tres cabezas.

Desde entonces, habían vigilado los movimientos del grupo de terrestres, perfectamente ocultas entre la maleza. Los habían visto abandonar el lago, después de haber dado muerte al terrorífico reptil, y alcanzar su nave.

Cuando el teniente Farham, el sargento Vrady, la doctora Lang, y los soldados Vasili y Jupp, salieron nuevamente de la nave, en busca de Oswald, Ekland, Kagawa y Kiss, las dos mujeres los siguieron, silenciosas como serpientes y sin dejarse ver en ningún momento.

Los terrestres ignoraban que eran seguidos.

Y seguramente no lo habrían descubierto, de no haber sido atacadas las dos mujeres por una gigantesca araña.

Era negra.

Peluda.

Terrorífica de verdad, ya que sus patas medían más de un metro.

Lo peor, sin embargo, era el largo aguijón que tenía en la cara, presto a soltar un chorro de veneno.

La primera en descubrir la aparición de la alucinante araña fue la muchacha morena. Dio un chillido y agarró del brazo a su pelirroja compañera, tirando inmediatamente de ella.

La pelirroja, cuando vio a la monstruosa araña, avanzando con rapidez hacia ellas, chilló también, presa de un terror indescriptible.

Y es que ambas sabían lo difícil que era escapar a la persecución de una de aquellas gigantescas arañas, porque eran increíblemente veloces y se movían por la espesura como pez en el agua.

Siempre alcanzaban a sus presas, las atrapaban con sus enormes patas, y les clavaban su terrible aguijón venenoso, causándoles la muerte en sólo unos segundos.

La única posibilidad de salvación que tenían las dos mujeres, era

correr hacia los terrestres y confiar en que éstos, con sus poderosas armas, diesen muerte a la monstruosa araña negra.

Y eso hicieron.

Correr como locas hacia el teniente Farham y los suyos.

Sin dejar de gritar.

La colosal araña se lanzó tras ellas con una rapidez que ponía los pelos de punta.

Los terrestres se habían detenido al oír los chillidos de las dos mujeres. Las vieron aparecer en seguida por entre la maleza y las reconocieron en el acto.

—¡Son las que liberamos en el lago! —exclamó Brad.

—¡Y parece que las persigue el mismísimo diablo! —añadió el sargento Vrady.

—¡Un diablo en forma de escalofriante araña! —chilló Ritza, porque el terrorífico arácnido ya se había dejado ver, moviéndose con una ligereza que helaba la sangre.

—¡Acabemos con ella, sargento! —gritó Brad, echándose el fusil de rayos láser a la cara.

Raoul, Vasili y Jupp prepararon también sus fusiles.

Ritza, por su parte, apuntó a la monstruosa araña con su pistola.

Justo en aquel momento, la muchacha morena tropezaba en una rama y se precipitaba de bruces contra el suelo. Se vio irremisiblemente perdida, porque no le daba tiempo a levantarse y reanudar la carrera.

La araña negra estaba demasiado cerca.

¡Iba a caer sobre ella...!

La chica morena gritó histéricamente.

Su chillido, por suerte para ella, coincidió con los disparos del teniente Farham y los suyos.

La gigantesca araña, al ser alcanzada por los rayos láser, se

detuvo en seco y soltó un espeluznante graznido, al tiempo que encogía sus enormes patas, tratando de protegerse el cuerpo con ellas.

Demasiado tarde.

Lo tenía ya abrasado.

Destrozado.

Los poderosos rayos láser iban a acabar con ella.

Prácticamente habían acabado ya, porque la araña no podía moverse.

Lo único que podía hacer, era graznar agónicamente.

Unos cuantos disparos más, y sus graznidos cesaron.

La temible araña negra era ya cadáver.

* * *

La chica morena se incorporó lentamente, sin apartar los ojos del cuerpo destrozado de la araña, que yacía muy cerca de ella, sin vida.

Su compañera se había detenido algunos metros más allá y observaba también a la terrorífica araña, exterminada por las poderosas armas de los terrestres.

Les habían salvado de nuevo la vida.

Por eso no huyeron, esta vez.

La morena se reunió con la pelirroja y ambas miraron a sus salvadores. Pronunciaron algunas palabras en su lengua, tan difícil de entender.

Brad Farham sonrió ligeramente.

—Nos están dando las gracias, por haberlas librado de la monstruosa araña.

—Sí, eso creo —dijo RitzaLang.

—Estas pobres chicas van de susto en susto —comentó el sargento Vrady—. Primero la serpiente de tres cabezas, ahora la araña...

Vasili y Jupp no dijeron nada, pero ambos pensaban lo mismo.

Que las chicas eran bonitas y tenían unas piernas preciosas.

Brad se acercó a ellas.

—Sé que no entendéis nuestra lengua, como tampoco nosotros entendemos la vuestra, pero como la mímica es un idioma universal, recurriremos a ella y seguramente nos comprenderemos mutuamente.

Ritza, el sargento Vrady, Vasili y Jupp se acercaron también a las muchachas. Brad, con expresivos gestos, preguntó a las mujeres por qué estaban atadas a aquellos dos postes, en la orilla del lago.

Ellas, ayudándose también con gestos, explicaron que los hombres-toro las habían condenado a morir devoradas por la gigantesca serpiente de tres cabezas, por haberles desobedecido.

Las mujeres de la tribu tenían que acatar sumisamente las órdenes que recibían de los hombres-toro, y cuando alguna se rebelaba, era duramente castigada, pudien do ser incluso condenada a muerte, como les había ocurrido a ellas dos.

No podían, por tanto, regresar al poblado.

Si lo hacían, les costaría la vida.

Brad lo entendió así, pero como ellos tenían que capturar a Oswald, Ekland, Kagawa y Kiss, vivos o muertos, y éstos parecían haber caído en manos de los hombres-toro, pidió a las muchachas que los guiaran hasta el poblado.

Ellas, en principio, se negaron, pero Brad les hizo saber que las protegerían con sus poderosas armas y no permitirían que los hombres-toro les hiciesen el menor daño.

Las mujeres cambiaron una mirada.

Se estaban consultando mutuamente.

Finalmente, accedieron a guiar a los terrestres hasta el poblado,

en agradecimiento por haberlas salvado de la serpiente de tres cabezas y de la araña negra.

* * *

Eric Oswald, UlfEkland y LajosKiss estaban pálidos como difuntos.

La muerte de Ichiro Kagawa los había dejado profundamente impresionados. Impresionados… y aterrorizados, porque seguramente a ellos les aguardaba un fin parecido.

El japonés yacía de bruces sobre la tierra, cubierto de sangre.

Las dos heridas que tenía en la espalda, causadas por los cuernos del hombre-toro que le embistiera ferozmente, eran espantosas. Por allí se le había escapado la vida, en sólo unos segundos.

El tipo que lo había ensartado por la espalda, tenía los cuernos manchados de sangre. Y no parecía tener ninguna prisa en limpiárselos.

El hombre-toro que recibiera el patadón en sus órganos masculinos, seguía en el suelo, mugiendo de dolor. No paraba de echar espuma por la boca y tenía los ojos cerrados.

Los dos tipos que martirizaran a Kagawa con sus lanzas, agarraron a su compañero y lo arrastraron, sacándolo fuera del corro que formaban los miembros de la tribu.

Otros dos hombres-toro cargaron con el cuerpo sin vida de Ichiro Kagawa y lo sacaron también del círculo que formaba la gente del poblado.

Los que habían retirado a su compañero regresaron y se acercaron a los tres fugitivos terrestres que quedaban con vida.

Oswald, Ekland y Kiss se estremecieron, pensando que había llegado su hora. La hora de uno de ellos, al menos.

Los hombres-toro los observaron a los tres, como dudando a cuál de ellos elegir para continuar la diversión.

Le tocó la china a Ekland.

El sueco lo supo cuando vio que uno de los hombres-toro le cortaba las ligaduras que sujetaban sus pies, con su cuchillo, y el otro le rasgaba el mono de presidiario, haciendo uso igualmente de su cuchillo.

—No... —murmuró, con voz estrangulada.

Los hombres-toro lo dejaron en slip, lo descalzaron, lo agarraron de los brazos, lo levantaron, y lo separaron de Oswald y Kiss.

—¡Nooooo...! —chilló Ekland, con desesperación, porque estaba seguro de que iban a hacer con él lo mismo que con Kagawa.

CAPITULO X

UlfEkland, en efecto, empezó a recibir pinchazos de lanza en su prácticamente desnudo cuerpo y la sangre comenzó a brotar, mientras él gritaba y se contorsionaba de dolor.

Eric Oswald tensó sus músculos al máximo e intentó vencer la resistencia de la tira de cuero que sujetaba sus manos. No era la primera vez que luchaba con ella, sin ningún resultado hasta el momento, pero sí era la primera vez que la sometía a una presión tan terrible.

La delgada tira de cuero le laceró las muñecas dolorosamente, pero Oswald siguió con los músculos en tensión, tratando de obtener de ellos el máximo rendimiento.

Y es que no había elección.

O se soltaba y recuperaba uno de los fusiles de rayos láser, que por cierto yacían en el suelo, a sólo unos metros de él, o los hombres-toro lo llenarían de heridas con sus lanzas y luego lo matarían, como habían hecho con Ichiro Kagawa.

Y como estaban haciendo con UlfEkland.

El sueco tenía ya numerosas heridas y la sangre resbalaba por su cuerpo, estremecido de dolor, pero los dos hombres-toro seguían pinchándole con sus lanzas.

LajosKiss miró un instante a Eric Oswald y descubrió que éste estaba a punto de estallar.

—¿Qué te pasa, Oswald?

—¡Tenemos que soltamos, Kiss!

El húngaro compuso una mueca.

—Es inútil, Oswald. Yo lo he intentado varias veces, pero mis ligaduras no ceden. Son condenadamente resistentes.

—¡Tenemos que conseguirlo! ¡Es nuestra única posibilidad de salvación!

—No hay salvación posible para nosotros, Oswald. Seguiremos la misma suerte que Kagawa y Ekland. Estamos perdidos.

—¡Yo no me resigno, Kiss! ¡Me soltaré, empuñaré un fusil, y mataré a todo aquel que intente impedirme la huida! ¡Y no esperes que te ayude, si no te despellejas las muñecas como yo, tratando de vencer la resistencia de tus ligaduras!

El húngaro echó una mirada a los fusiles de rayos láser.

—Está bien, Oswald. Lo intentaré de nuevo.

Mientras Oswald y Kiss luchaban titánicamente con sus ligaduras, Ekland cayó al suelo, ensangrentado, temblando de dolor, gimiendo, sollozando casi.

—¡Basta, por favor! —suplicó—. ¡No me martiricéis más!

Los hombres-toro le ordenaron que se levantara.

—¿Para qué, malditos? ¿Para seguir pinchándome el cuerpo con vuestras lanzas?

Uno de los tipos recogió la antorcha del suelo.

Ekland supo lo que iba a pasar y se apresuró a levantarse.

—¡De acuerdo, pero no me queméis!

Pese a ver al terrestre en pie, el hombre-toro le aplicó la antorcha al vientre y le causó una terrible quemadura.

Ekland lanzó un alarido y saltó hacia atrás.

—¡Maldito hijo de Satanás!

El hombre-toro le acercó de nuevo la antorcha, pero el sueco saltó antes de que la llama le tocara.

—¡Aplícatela tú donde yo estoy pensando, cornudo! —rugió Ekland.

El otro hombre-toro se colocó detrás del terrestre y le pinchó la espalda con su lanza, obligándolo a saltar hacia adelante. Quería empujarlo hacia la antorcha.

Ylo logró.

En esta ocasión, Ekland recibió la quemadura en el pecho.

Aulló y se fue rápidamente para atrás, encontrándose entonces con la punta de la lanza, que le esperaba. Le pinchó el trasero y no tuvo más remedio que adelantarse de nuevo, encontrándose otra vez con la llama de la antorcha, que le quemó el muslo derecho.

El cruel jueguecito continuó, para regocijo de la gente del poblado.

Oswald y Kiss seguían luchando denodadamente por soltarse.

De pronto, el primero exclamó:

—¡Mis ligaduras empiezan a ceder, Kiss!

—¿De veras? —se alegró el húngaro, que no podía con las suyas, a pesar de sus titánicos esfuerzos.

—¡Lo conseguiré, ahora estoy seguro!

—¡Animo, Oswald!

Este continuó luchando con sus ligaduras.

Tenía las muñecas ensangrentadas.

En carne viva, materialmente.

El dolor era terrible, pero había que seguir luchando.

Ekland no aguantaría mucho más, y cuando los hombres-toro acabasen con él, elegirían una nueva víctima. Podía ser Kiss, pero también podía ser él, y si todavía no podía defenderse, sería el final.

El sueco, en efecto, estaba a punto de derrumbarse.

No podía más.

Había recibido demasiados pinchazos y demasiadas quemaduras.

—¡Matadme de una vez, malditos! —rugió, al tiempo que se dejaba caer de rodillas.

La punta de la lanza se clavó una vez más en su espalda, pero el terrestre no se levantó. Lo que hizo, fue caerse de bruces.

La llama de la antorcha le quemó las manos.

Ekland bramó y se retorció de dolor, pero continuó echado de bruces.

No tenía fuerzas para levantarse.

Los hombres-toro que lo estaban atormentando lo comprendieron así y uno de ellos tomó un hacha, para cortarle la cabeza al terrestre.

Ekland vio que el tipo levantaba el hacha y se alegró.

Estaba deseando morir.

Así dejaría de sufrir.

El hombre-toro se disponía a descargar el hacha sobre el cuello del terrestre, cuando un rayo láser cruzó velozmente el aire y le

alcanzó en la espalda.

Se la destrozó literalmente.

El hombre-toro lanzó un bramido de muerte, soltó el hacha, se desplomó, cayendo sobre el cuerpo ensangrentado y abrasado de UlfEkland.

* * *

No, el disparo no lo había efectuado Eric Oswald.

No podía efectuarlo él, porque aún no había acabado de vencer la resistencia de sus ligaduras. De ahí su sorpresa al ver que uno de los verdugos de UlfEkland caía fulminado por un rayo láser.

Igualmente sorprendido quedó LajosKiss.

Los cuatro fusiles seguían yaciendo en el suelo, a pocos metros de ellos. Nadie los había tocado.

Sólo cabía una explicación.

El teniente Farham y sus hombres andaban cerca.

Efectivamente, así era.

Guiados por las dos mujeres liberadas por ellos en el lago, y salvadas luego de morir aguijoneadas por la monstruosa araña venenosa, el teniente Farham y los suyos habían alcanzado el poblado de los hombres-toro, descubriendo lo que allí estaba sucediendo.

El disparo que había abatido al hombre-toro que pretendía dejar sin cabeza a UlfEkland, lo había efectuado Brad Farham, desde una cierta distancia.

Y no falló.

Tampoco falló el sargento Vrady, cuando disparó contra el otro verdugo de Ekland. Le alcanzó en el pecho y el hombre-toro se desmoronó en el acto, dando un angustioso mugido.

El inesperado ataque de los terrestres sembró el pánico entre los

habitantes del poblado, que echaron a correr, buscando la protección de sus cabañas.

Algunos hombres-toro quisieron hacer frente a los terrestres, pero entre que sus armas eran muy primitivas, y que los terrestres se hallaban bastante distanciados, no lograron nada positivo.

Al teniente Farham y los suyos, en cambio, les fue muy fácil barrer a los hombres-toro con sus fusiles de rayos láser, a pesar de la distancia.

Ocho de ellos quedaron tendidos en el suelo, muertos.

Eran los más valientes.

Los otros, se habían protegido en las cabañas, como las mujeres y los niños.

Oswald y Kiss no sabían si alegrarse de la aparición del teniente Farham y sus hombres, o lo contrario, porque venía a ser como escapar del fuego y meterse en las llamas.

A Ekland, en cambio, le dio igual, porque había muerto.

No pudo resistir tanta herida y tanta quemadura.

Tenía el cuerpo literalmente destrozado.

El teniente Farham, el sargento Vrady, la doctora Lang, y los soldados Vasili y Jupp, se aproximaron al poblado, para rescatar a los fugitivos.

Comprobaron que Kagawa y Ekland estaban muertos, por lo que se olvidaron de ellos y se ocuparon de Oswald y Kiss. Les soltaron los pies, pero no las manos.

Nadie se dio cuenta de que Oswald tenía las ligaduras flojas.

—¡Vamos, rápido! —gritó Brad, empujando a la pareja de presidiarios—. ¡Hay que salir de aquí cuanto antes!

Abandonaron todos el poblado, llevándose los cuatro fusiles que los hombres-toro les arrebataron a los fugitivos terrestres.

Al ver que los extranjeros huían, algunos hombres- toro salieron de sus cabañas y les arrojaron sus lanzas.

—¡Cuidado! —gritó Brad Farham, disparando contra ellos.

El sargento Vrady, Vasili y Jupp hicieron funcionar también sus armas, y los hombres-toro cayeron fulminados.

No se dejó ver ninguno más.

Los terrestres se reunieron con las dos mujeres que los guiaran hasta el poblado de los hombres-toro, y se alejaron todos con rapidez, en dirección al claro de la selva en donde se hallaba posada la nave.

CAPITULO XI

El teniente Farham iba en cabeza, seguido del sargento Vrady, la doctora Lang, las dos mujeres condenadas a muerte por los hombres-toro, Eric Oswald, LajosKiss, y los soldados Vasili y Jupp.

De cuando en cuando, Brad Farham volvía la cabeza, para asegurarse de que los hombres-toro no les venían pisando los talones. El sargento Vrady hacía lo propio, así como Vasili y Jupp, que al ser los que cerraban la marcha, tenían más posibilidades de descubrir a los hombres-toro, caso de que éstos se hubiera lanzado en su persecución, lo que parecía bastante probable.

Las armas de los hombres-toro era muy inferiores, pero como ellos eran muchos, seguramente la ventaja numérica les daría valor para intentar capturar al grupo de terrestres.

A pesar de todo, Vasili y Jupp estaban más pendientes de Oswald y Kiss que de la posible aparición de los hombres-toro. Temían que, aun con las manos atadas a la espalda, los presidiarios intentaran huir y camuflarse en la maleza.

Kiss cambió una nerviosa mirada con Oswald.

Parecía preguntarle cómo andaban sus ligaduras, si lo suficientemente flojas como para soltarse cuando quisiera, o si todavía tenía que trabajar un poco con ellas, para acabar de vencer su resistencia.

La leve sonrisa de Oswald vino a decir que estaba listo para soltarse, conseguir un fusil de rayos láser, y armar el taco. Sólo esperaba el momento más oportuno para entrar en acción.

Kiss se tranquilizó.

Confiaba en Oswald.

Era capaz de salir airoso de las situaciones más difíciles.

Gracias a él escaparon de la nave, aunque luego tuvieran la desgracia de caer en manos de los hombres- toro, lo que les había costado la vida a Ichiro Kagawa y UlfEkland.

El húngaro se estremeció al recordar la muerte tan horrible que habían tenido Kagawa y Ekland, larga y llena de sufrimientos. Oswald y él se habían librado por un pelo de seguir su misma suerte.

Algunos minutos después, el teniente Farham se detenía.

—Alto, muchachos.

El sargento Vrady y los demás se pararon también.

—Echemos un vistazo a la retaguardia, sargento —dijo Brad—. Me sentiré más tranquilo si sé que los hombres-toro no nos siguen.

—También yo, teniente.

—Vamos. Y vosotros vigilad bien a Oswald y Kiss —les dijo Brad a Vasili y Jupp.

—Descuide, teniente —respondió Vasili—. No nos dejaremos sorprender.

—Las muertes de Stefan y Petar están demasiado recientes — añadió Jupp, mirando con dureza a Oswald y Kiss.

Estos no dijeron nada.

—Usted y las chicas quédense con ellos, doctora Lang —indicó Brad Farham—. El sargento Crady y yo volveremos en seguida.

—No tarden, por favor —rogó Ritza.

—Sólo unos minutos, ya lo verá —sonrió Brad, y se alejó acompañado del sargento Vrady.

Cuando ambos desaparecieron, Kiss miró a Oswald.

Había que aprovechar la ausencia del teniente Farham y el sargento Vrady.

Oswald estuvo de acuerdo y se preparó para sorprender a Vasili y Jupp, antes de que Farham y Vrady regresaran.

* * *

Vasili y Jupp vigilaban atentamente a la pareja de presidiarios, encañonándolos con sus fusiles de rayos láser. Aparte de los dos que empuñaban, cada uno de ellos llevaba un fusil colgado a la espalda.

Eran dos de los fusiles recogidos en el poblado de los hombres-toro.

Los otros dos, los llevaban el teniente Farham y el sargento Vrady, también a la espalda, ya que ellos empuñaban los suyos.

La doctora Lang tampoco perdía de vista a Oswald y Kiss, a los que apuntaba con su pistola de rayos láser. Las dos mujeres que los guiaran hasta el poblado de los hombres-toro, observaban silenciosas a los dos presidiarios.

Oswald, para distraer la atención de Vasili, Jupp, y la doctora Lang, sonrió y dijo:

—No están mal las mujeres de este planeta.

—Desde luego que no —respondió Kiss, adivinando la intención de su compañero.

Ambos miraban a las dos muchachas.

Más que mirarlas, las desnudaban con los ojos.

—Qué piernas, Kiss...

—Y qué pechos. Las túnicas son tan delgadas, que se vislumbra todo.

—En efecto. La morena tiene los pezones más oscuros y las

aureolas más amplias.

—Pero la pelirroja los tiene más levantados, fíjate.

Vasili y Jupp no pudieron evitar el desviar sus ojos hacia los tentadores bustos de las mujeres. También Ritza se distrajo un momento, al prestar atención de forma inconsciente a las dos muchachas.

Oswald se dijo que era el momento de entrar en acción.

Yentró.

Ya tenía las manos libres, así que nada le impidió saltar repentinamente sobre la doctora Lang, arrebatarle la pistola, y apuntar con ella a Vasili y Jupp, al tiempo que se protegía con el cuerpo de Ritza, rodeándole el pecho con su brazo izquierdo.

—¡Quietos! —ordenó.

Los soldados vacilaron.

—¡Arrojad los fusiles u os liquido a los dos!

Vasili y Jupp no tuvieron más remedio que obedecer.

De no haberse protegido Oswald con el cuerpo de la doctora Lang, le habrían hecho frente, aun arriesgándose a perder sus vidas, pero así no podían disparar, porque la doctora podía morir.

Ritza tampoco podía hacer nada.

Oswald la sujetaba con fuerza con su brazo izquierdo y le impedía realizar cualquier movimiento.

Las dos muchachas salvadas por los terrestres estaban asustadas.

No entendían lo que estaba pasando, pero intuían que ellas dos también se iban a ver en peligro.

—¡Arrojad también los fusiles que lleváis a la espalda! —ordenó Oswald—. ¡Con cuidado, o no viviréis para contarlo! —advirtió.

Vasili y Jupp obedecieron de nuevo.

Oswald siguió dando órdenes:

—¡Echaros al suelo con las manos en la nuca! ¡Vamos, rápido!

Los soldados se tendieron en el suelo.

—Colócate delante de la doctora Lang, Kiss —indicó Oswald.

El húngaro lo hizo, de espaldas a Ritza, adivinando que su compañero iba a ordenarle a la doctora que le desatara las manos. En efecto, Oswald indicó:

—Quítele las ligaduras, doctora Lang. Y hágalo de prisa, porque si veo que se entretiene deliberadamente, lo lamentará.

—¡Vamos, doctora! —apremió Kiss, ofreciéndole las manos.

Ritza le desató.

Y con rapidez, porque sabía que Eric Oswald no amenazaba en vano.

Tan pronto como LajosKiss tuvo las manos libres, recogió uno de los fusiles de rayos láser y apartó los otros tres con el pie, dejándolos fuera del alcance de Vasili y Jupp.

Oswald, que seguía sujetando a la doctora Lang, ordenó:

—Átales las manos, Kiss.

El húngaro apuntó a los soldados con su fusil.

—¿No sería mejor...? —sugirió.

Ritza se estremeció, pensando que Kiss iba a acabar con Vasili y Jupp. Por fortuna, Oswald respondió:

—No nos conviene, Kiss.

—¿Por qué?

—Tenemos que abandonar este planeta, es demasiado peligroso. Y sólo podemos hacerlo en la nave, pero nosotros no sabemos pilotarla. Lo tienen que hacer el teniente Farham o el sargento Vrady. Les obligaremos a pilotar la nave amenazándoles con matar a la doctora Lang, a Vasili y a Jupp si no obedecen.

—Con un rehén sería suficiente —opinó Kiss, mirando a la doctora Lang.

—No, es mejor tener tres —repuso Oswald.

—Como quieras —rezongó el húngaro, y ató a los soldados, utilizando las delgadas pero resistentes tiras de cuero que los hombres-toro emplearan para atarlos a ellos.

—Continuad en el suelo —ordenó Oswald, cuando Kiss acabó de atarlos.

El húngaro, después de empuñar de nuevo el fusil, miró a las dos mujeres y preguntó:

—¿Qué hacemos con ellas, Oswald?

—Nos divertiremos, cuando tengamos tiempo.

—¿Las meteremos también en la nave?

—Claro. Con tres mujeres se pasa mejor que con una —respondió Oswald, sonriendo.

Ritza tuvo un claro estremecimiento.

Las palabras de Oswald no dejaban lugar a dudas.

El y Kiss tenían intención de abusar de ella y de las dos muchachas, cuando la nave hubiese partido y ellos tuviesen la situación perfectamente controlada.

¿Lo permitirían el teniente Farham y el sargento Vrady...?

Ritza estaba segura de que no.

Farham y Vrady eran dos hombres valientes, y no dudarían en jugarse el pellejo cuando llegase el momento. Que lograsen sorprender a Oswald y Kiss, o que perdiesen la vida en el empeño, era algo que estaba por ver.

Ritza, desde luego, confiaba plenamente en Brad Farham y en el sargento Vrady.

CAPITULO XII

El teniente Farham y el sargento Vrady habían retrocedido casi doscientos metros, con mucha precaución, pero no habían visto un solo hombre-toro.

—Parece que la retaguardia está despejada, sargento —murmuró Brad.

—Así es, teniente. Los hombres-toro nos tienen miedo. A nuestras armas, más bien. Por eso se quedaron en su poblado, en vez de lanzarse en nuestra persecución —respondió Vrady.

—No estoy muy seguro.

—Hemos retrocedido un buen trecho, teniente. Si los hombres-toro hubiesen salido detrás de nosotros, nos habríamos topado con ellos.

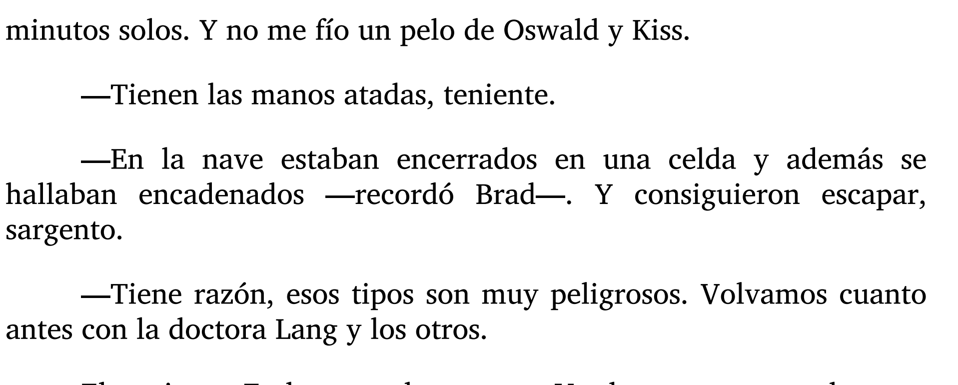
—Es su territorio, sargento. Y lógicamente lo conocen bien. Lo que quiero decir es que, en vez de perseguirnos, pueden haber decidido salimos al paso. Tendernos una emboscada, hablando más claro.

—¿Usted cree...?

—No me extrañaría nada. No sé cómo atraparon a Oswald, Ekland, Kiss y Kagawa, pero apuesto a que fue así, cayendo sobre ellos por sorpresa. El hecho de que los presidiarios sólo pudieran matar a uno de ellos, pese a ir los cuatro armados con fusiles de rayos láser, parece demostrarlo.

—Será mejor que regresemos, teniente Farham. La retaguardia está despejada, pero quizá la vanguardia no lo esté tanto.

—Sí, reunámonos con los demás. Ya los hemos dejado bastantes



minutos solos. Y no me fío un pelo de Oswald y Kiss.

—Tienen las manos atadas, teniente.

—En la nave estaban encerrados en una celda y además se hallaban encadenados —recordó Brad—. Y consiguieron escapar, sargento.

—Tiene razón, esos tipos son muy peligrosos. Volvamos cuanto antes con la doctora Lang y los otros.

El teniente Farham y el sargento Vrady regresaron sobre sus pasos.

Cuando llegaron al lugar en donde dejaron a Vasili y Jupp, con los dos presidiarios, la doctora Lang, y las dos mujeres, sólo vieron a la pareja de soldados, tumbados boca abajo en el suelo y con las manos atadas a la espalda.

—¡Vasili! ¡Jupp! —exclamó Brad.

—¿Qué diablos...? —barbotó el sargento Vrady.

—¡Quietos los dos! —ordenó una voz.

La de Eric Oswald.

El asesino, sin embargo, no se dejó ver.

Farham y Vrady apuntaron con sus fusiles hacia la maleza, en la dirección que había sonado la voz de Oswald.

—¡Tengo a la doctora Lang! —se dejó oír de nuevo Eric—. ¡Y Kiss tiene a las dos muchachas! ¡Si no arrojan inmediatamente sus armas, las mataremos a las tres!

El sargento Vrady consultó con la mirada al teniente Farham.

Como Brad no soltó su fusil, él tampoco arrojó el suyo.

Oswald ladró:

—¡He dicho inmediatamente, teniente Farham!

A continuación, se escuchó un grito femenino.

Brad se estremeció, pues le pareció la voz de Ritza.

Y el grito había sido de dolor.

—¿Qué has hecho, Oswald? —preguntó, todavía con el fusil en las manos.

—¡Apretarle un pecho a la doctora! ¡Y le apretaré el otro más fuerte aún si no obedecen!

Brad apretó los dientes con rabia y arrojó su fusil.

—Haga lo mismo, sargento.

Vrady dejó caer también su fusil.

—¡Muy bien! —dijo Oswald—. ¡Ahora levanten las manos los dos!

Brad lo hizo y el sargento Vrady le imitó.

Oswald surgió de la espesura, empujando a la doctora Lang, a la que sujetaba con su brazo izquierdo. En la mano derecha esgrimía la pistola que le arrebatara a Ritza.

Kiss se dejó ver también, empujando a las dos muchachas con el extremo de su fusil.

—Moveos, preciosas.

Brad miró a Ritza.

—¿Se encuentra bien, doctora Lang?

—Sí —respondió ella, quedamente.

Oswald le tanteó el seno derecho, esta vez con suavidad.

—¿Sabe que los pechos de la doctora Lang tienen una maravillosa consistencia, teniente Farham…? —dijo, sonriendo.

Ritza enrojeció.

Brad también, pero de ira.

—¡No la toques, cerdo! —rugió, dando un paso hacia él.

—¡No se mueva, teniente, o tendré que matarle! —amenazó Oswald.

—¡Obedezca, teniente Farham, por Dios! —pidió Ritza, temiendo que el asesino acabara con él.

Brad se quedó quieto, pero porque Oswald había retirado ya su puerca mano del seno derecho de la doctora Lang.

El sargento Vrady sentía también que la ira le dominaba.

—¿Cómo os dejasteis sorprender? —masculló, mirando un instante a Vasili y Jupp, que continuaban echados en el suelo—. ¡Sabíais lo peligrosos que eran los tipos!

Los soldados guardaron silencio.

Ritza dijo:

—Fue culpa mía, sargento Vrady. Me distraje un momento y Oswald saltó sobre mí, arrebatándome la pistola. Tenía las manos libres.

El asesino sonrió.

—Logré soltarme, sargento. Lo demás, fue bastante sencillo.

—¡Oswald es un tío grande! —exclamó Kiss, al tiempo que le daba una sonora palmada en el trasero a una de las muchachas.

A la morena, concretamente.

La chica dio un grito y se arqueó hacia adelante, lo que hizo reír a la pareja de presidiarios.

—¡Magnífica grupa, sí, señor! —dijo el húngaro—. ¡Veamos la tuya, pelirroja!

La otra muchacha se arqueó también y gritó cuando la mano izquierda de Kiss percutió sonoramente en sus firmes nalgas.

—¡Excelente, también! —dijo el húngaro, riendo de nuevo, igual que Oswald.

—¡Basta, Kiss! —rugió Brad.

—¡Tranquilo, teniente Farham! ¡Sólo han sido un par de inocentes palmetazos!

—¡Puerco! —escupió el sargento Vrady.

—Otro que se altera por nada —dijo el húngaro, con ironía.

Oswald emitió una risita.

—No perdamos más tiempo, Kiss. Cuanto antes alcancemos la nave, mejor.

—Tienes razón.

—En marcha, teniente Farham —indicó Oswald—.

Y no intenten usted y el sargento Vrady desenfundar sus pistolas, o empuñar los fusiles que llevan a la espalda, porque no dudaremos en disparar. Y la primera en caer sería la doctora Lang.

—¿Y si somos atacados por los hombres-toro? —preguntó Brad.

—Kiss y yo nos ocuparemos de ellos, si no son demasiados. Si el número fuera excesivo, usted y el sargento dispararán también sobre ellos. Pero sólo sobre ellos, ¿eh? —recalcó Oswald—. Si cometen el error de intentar sorprendemos, aprovechando el ataque de los hombres-toro, lo pagarán muy caro.

Brad no hizo más preguntas.

—Adelante —indicó Oswald.

Brad y el sargento Vrady echaron a andar, con las manos en alto.

Vasili y Jupp, que ya se habían puesto en pie, les siguieron. Tras ellos, caminaron las dos muchachas, empujadas por Kiss, mientras que Oswald cerraba la marcha, llevando sujeta a la doctora Lang.

* * *

El teniente Farham y el sargento Vrady avanzaban por la espesura con los nervios en tensión. En primer lugar, por hallarse todos en manos de Eric Oswald y LajosKiss, con escasas posibilidades de sorprender a la pareja de presidiarios.

La preocupación mayor, sin embargo, era el posible ataque de los hombres-toro. Si les habían preparado una emboscada y caían en ella, lo más probable es que todos perdiesen la vida.

En la lucha... o en el poblado de los hombres-toro, que aún sería peor, porque allí tendrían una muerte larga, llena de sufrimientos, como la habían tenido Ichi ro Kagawa y UlfEkland.

Por fortuna, iban pasando los minutos y los hombres-toro no daban la menor señal de vida.

La nave estaba cada vez más cerca.

Oswald y Kiss pensaban que no iban a ser atacados por los hombres-toro en los pocos minutos que faltaban para alcanzar el claro en donde se hallaba posada la nave, y se sentían los dos muy contentos.

Iban a abandonar aquel maldito planeta.

Y serían los dueños de la nave.

El teniente Farham y el sargento Vrady los llevarían a donde ellos quisieran. No tendrían más remedio que obedecer, para que no murieran la doctora Lang, los soldados Vasili y Jupp, y las dos muchachas.

Eran cinco rehenes.

Y tres de ellos eran mujeres.

Tres mujeres jóvenes y bien formadas, con las que la pareja de presidiarios esperaban divertirse mucho.

Y Farham y Vrady no podrían impedirlo.

Ni siquiera se enterarían, porque no abusarían de las mujeres delante de ellos.

Desgraciadamente para Oswald y Kiss, el ataque de los hombres-toro sí se produjo, cuando ya sólo faltaban un par de cientos de metros para alcanzar la nave.

Les habían tendido una trampa.

Ylos terrestres cayeron en ella.

Como en la emboscada anterior, los hombres-toro dejaron caer una pesada red sobre los terrestres, desde lo alto de un frondoso árbol. En esta ocasión, sin embargo, y por ser mayor el número de terrestres, la red no podía atraparlos a todos, por lo que los hombres- toro se la

arrojaron a los que iban delante.

Por fortuna, el teniente Farham vio caer la red y empujó al sargento Vrady.

—¡Cuidado! —gritó.

Brad y el sargento cayeron al suelo, librándose de quedar totalmente envueltos por la peligrosa red. Sólo los atrapó de cintura para abajo, pero no sería difícil sacar las piernas de debajo de ella.

Los que sí quedaron totalmente atrapados por la red, fueron Vasili y Jupp, así como también las dos muchachas, librándose LajosKiss por los pelos.

Eric Oswald y la doctora Lang, como cerraban la marcha, quedaron también fuera de la red.

Los hombres-toro empezaron a surgir de la maleza, esgrimiendo sus primitivas armas. También cayeron algunos del árbol desde el cual arrojaran la red sobre los terrestres.

—¡Nos atacan! —rugió Oswald, derribando a la doctora Lang de un empujón, para defenderse mejor.

Hizo uso de su pistola de rayos láser.

Kiss hizo funcionar también su fusil.

El teniente Farham y el sargento Vrady desenfundaron sus respectivas pistolas, mientras sacaban las piernas de debajo de la red, y dispararon sobre los hombres-toro.

Eran muchos.

Por lo menos quince.

Pero empezaron a sufrir bajas.

Oswald tumbó a dos, de sendos disparos, y Kiss fulminó a otros dos.

Farham y Vrady causaron cuatro bajas más a los hombres-toro.

Pero como eran tantos...

Oswald vio que una lanza buscaba su pecho y tuvo que arrojarse

al suelo, para esquivarla. Después, disparó sobre el hombre-toro que le había arrojado la lanza y le destrozó el pecho.

Kiss tuvo menos suerte que su compañero y no vio que un hacha buscaba su espalda. El arma se incrustó entre sus omóplatos, causándole una muerte casi instantánea.

El húngaro se desplomó, perdiendo su fusil, que no quedó lejos de la doctora Lang.

Ritza no dudó en empuñar el arma.

La lucha con los hombres-toro era a muerte, así que no se podían tener indecisiones. Además, Vasili y Jupp no podían hacer absolutamente nada, con las manos atadas a la espalda y envueltos totalmente por la pesada red, de la que tampoco las dos muchachas conseguían escapar, pese a tener las manos libres.

YKiss había muerto.

Sólo Oswald, Farham y Vrady podían hacer frente a los hombres-toro, así que la ayuda de Ritza era necesaria.

Brad burló una lanza, enviada con muy malas intenciones, y disparó sobre el tipo que se la había arrojado, destrozándole su cara de toro.

El sargento Vrady se vio embestido por la espalda por un hombre-toro, pero como lo había descubierto a tiempo, esquivó la doble cornada y después fulminó al tipo con su fusil.

Ritza, desde el suelo, liquidó al hombre-toro que pretendía ensartar a Eric Oswald con su lanza.

Después de disparar, la doctora se sorprendió a sí misma.

¡Había salvado a Oswald!

¡Al hombre que tenía intención de violarla!

¡A uno de los más peligrosos asesinos!

Oswald la miró un instante y le sonrió.

Justo en ese momento, un hacha surcaba velozmente el aire.

—¡Cuidado! —gritó Brad Farham.

Oswald se revolvió como el rayo.

No debió hacer eso, sino arrojarse al suelo.

O agacharse velozmente.

Así hubiera esquivado el hacha, pero, al darse la vuelta, el arma se clavó en su frente y le abrió literalmente la cabeza, causándole una muerte fulminante.

Ritza no pudo reprimir un grito de horror.

Oswald se derrumbó, con la cara y el pecho cubierto de sangre.

Brad liquidó al hombre-toro que había matado al presidiario, pero aún quedaban dos más.

El sargento Vrady, con su fusil, tumbó a uno de ellos.

Brad iba a disparar sobre el otro, pero Ritza se le adelantó, abatiendo al hombre-toro.

Fue el final de la lucha.

Una lucha en la que, además de los hombres-toro, habían perdido la vida Eric Oswald y LajosKiss. Ni ellos, ni Ichiro Kagawa y UlfEkland, ingresarían jamás en la prisión espacial de Plutón.

* * *

El teniente Farham y el sargento Vrady retiraron la pesada red que tenía atrapados a Vasili, Jupp y las dos muchachas.

—Desátelos, sargento —indicó Brad.

Vrady soltó a la pareja de soldados.

Ellos, al igual que las muchachas, se encontraban bien. No habían recibido golpes ni heridas. Sólo el susto de haber quedado atrapados en la red y presenciar desde debajo de ella la feroz lucha.

Brad se acercó a Ritza.

—¿Está bien, doctora Lang?

—Sí, teniente.

—Me alegro de veras.

—Los hombres-toro nos dieron un buen susto, pero nos han librado de Oswald y Kiss.

—Efectivamente.

—Volvamos a la nave, teniente Farham. Sólo allí estaremos seguros.

—Tiene razón, doctora.

Recogieron las armas y recorrieron los doscientos metros que les separaban del claro de la selva en donde permanecía posada la nave.

Las dos muchachas se detuvieron.

Les asustaba la nave.

Brad, dándose cuenta de ello, sonrió y dijo:

—No tengáis miedo, estaréis a salvo en nuestra nave. Donde corréis peligro, es aquí, en vuestro planeta. Si los hombres-toro os atrapan, moriréis las dos. Podéis morir, también, devoradas por alguna de las fieras que viven en esta peligrosa selva. Mi consejo es que vengáis con nosotros, pero, si preferís continuar aquí...

Las muchachas se consultaron con la mirada.

Seguían indecisas.

Vasili se atrevió a coger de la mano a la morena y se la oprimió cálidamente. Ella le miró a los ojos.

—Venid con nosotros, por favor —rogó el soldado.

Jupp cogió también de la mano a la pelirroja.

—No podéis quedaros aquí. Moriréis, y sois demasiado jóvenes y demasiado bonitas para morir. Nosotros cuidaremos de vosotras, no temáis.

Las chicas no entendían lo que decían los terrestres, pero

decidieron acompañarles, porque las habían tratado bien y confiaban en ellos.

Yles gustaban más que los hombres-toro, porque no tenían cuernos ni eran tan feos.

* * *

La nave había despegado ya y se estaba alejando del peligroso planeta, perteneciente a la dimensión en la que ahora se encontraban los terrestres, aunque no por su gusto.

La culpa la tenía la misteriosa nube purpúrea.

Ella los había arrancado de su dimensión.

¿Por qué?

¿Cómo?

¿Para qué?

Eran preguntas sin respuesta.

¿Encontrarían la manera de regresar a su dimensión?

¿Se quedarían para siempre atrapados en aquélla?

¿Hallarían otros planetas habitados?

Tampoco estas preguntas tenían respuesta, por el momento.

Sólo el tiempo podría darlas.

Era lo que se decían el teniente Farham, el sargento Vrady y la doctora Lang. Se encontraban los tres en la cabina de mandos, y Brad pilotaba la nave.

El planeta de los hombres-toro había quedado atrás.

Ya no podía verse.

De pronto, la cámara telescópica de la nave captó algo.

Era una imagen extraña, pero no para Farham, Vrady y la doctora Lang, que ya la habían visto una vez.

¡Era la gigantesca nube purpúrea!

¡La que los había trasladado a aquella dimensión!

En esta ocasión, el teniente Farham no intentó esquivarla.

La misteriosa nube brillante venía directa hacia la nave, dispuesta a engullirla, como la otra vez.

Yla engulló.

El extraño gas purpúreo penetró en la nave y empezaron los ensordecedores rugidos de bestia prehistórica, por lo que los terrestres tuvieron que protegerse los oídos.

Poco después, la nave salía de la colosal nube purpúrea.

Y Farham, Vrady y la doctora Lang se preguntaron lo mismo.

¿Los habría devuelto la misteriosa nube a su dimensión?

EPILOGO

Sí.

La nave surcaba de nuevo el Sistema Solar.

Habían regresado a su dimensión.

El teniente Farham estableció inmediatamente comunicación con la Tierra e informó de todo lo sucedido, pero la aventura que habían vivido era tan insólita e increíble, que las autoridades terrestres pusieron en duda la versión de Brad.

Por fortuna, las dos mujeres procedentes del planeta de los hombres-toro estaban a bordo y serían, cuando regresasen a la Tierra, la mejor prueba de que Brad decía la verdad.

La nave, lógicamente, ya no tenía necesidad de viajar a Plutón, así que el teniente Farham puso rumbo a la Tierra y cedió los mandos al sargento Vrady, porque deseaba estar a solas con la doctora Lang.

Ella también lo deseaba.

Fueron al camarote de Ritza.

Allí, se besaron y se abrazaron con pasión.

Después, se miraron a los ojos.

—No voy a disponer de cuatro días para conquistarla, doctora —dijo Brad.

—No necesitaba tanto, teniente Farham —sonrió ella.

—¿Bastará con unas horas?

—Creo que sí.

Volvieron a besarse.

Luego, Farham confesó:.

—Te quiero, Ritza.

—¿Estás seguro, Brad?

—Lo supe en el planeta de los hombres-toro, cuando Oswald te tenía en su poder y amenazaba con...

—No me lo recuerdes, que me estremezco —le interrumpió ella.

—¿Sientes tú lo mismo por mí, Ritza?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Te amo, Brad, y te lo voy a demostrar.

Volvieron a unir sus bocas, en largo y fervoroso beso.

Minutos después, unían también sus cuerpos.

Fueron unos momentos maravillosos.

Mucho mejores, desde luego, que los vividos en el planeta de los hombres-toro.

F I N

[1]El diámetro ecuatorial de Mercurio, es de 4.827 kilómetros.